

LLEGADA A PARÍS

Una enorme variedad de vehículos hacía cola en la puerta de Bercy, esperando la visita de los inspectores municipales para poder ingresar a París. Cada sábado se repetía lo mismo: toda clase de carromatos, con toda clase de carga. Todos tenían prisa para entrar antes del domingo a la capital.

Era junio, pleno verano en París y en la quietud de la espera, el calor se hacía casi insoportable.

En medio de ese mar de vehículos, había uno que llamaba fuertemente la atención y que había quedado lejos de la barrera.

Era un destartado carromato de saltimbanquis tirado por un burro flaco y extenuado. Una tela gruesa cubría una ligera armazón y su techo era de cartón alquitranado. La tela estaba tan desteñida, sucia y arrugada que era difícil descifrar las borrosas inscripciones que se veían en los costados: una estaba escrita con caracteres griegos; otra en alemán y otra en italiano. La que se podía distinguir con mayor nitidez, estaba escrita en francés y podía leerse con claridad la palabra “fotografía”, que, evidentemente, era la traducción de todas las demás. Los diversos idiomas indicaban los países por donde el mísero carro había rodado antes de ingresar a Francia.

Una niña de once a doce años estaba sentada en el borde de la vereda, junto al asno y lo cuidaba. Su rostro tenía una expresión de suave dulzura, acentuada por unos ojos negros de mirada grave, que contrastaban con su ca-

bellera de color claro. Aunque pobremente vestida, su aspecto era distinguido y singular.

El asno había quedado detrás de una carreta cargada de heno y el animal se entretenía comiendo grandes porciones de tan sabroso alimento.

-¡Palikaro! -gritaba la niña-. ¡Deja eso!

Al oír que lo llamaban, el asno bajaba la cabeza como un culpable arrepentido; mas apenas había comido su porción volvía a comenzar con la avidez del hambre acumulada.

-¡Perrine! -llamó de pronto una voz.

-¿Necesitas algo, mamá? -preguntó la niña subiendo al carro.

En el suelo, sobre un delgado colchón, yacía una mujer de unos veintiséis o veintisiete años, cuyo bello rostro denotaba que estaba gravemente enferma. Se la veía sin fuerzas, casi sin vida.

-¿Entraremos pronto en París? -preguntó con voz reposada, tratando de no preocupar a la niña.

-Hay que esperar la inspección. ¿Te sientes peor? No te inquietes; es el cansancio... el encierro. No es nada... ¿Necesitas algo? -preguntó Perrine-. Por aquí hay algunas tiendas.

-No; tenemos que guardar el dinero porque nos queda muy poco.

La niña volvió a salir del carromato para vigilar a Palikaro y lo acarició hablándole con dulzura. El animal bajó sus largas orejas y permaneció quieto.

Un muchacho vestido de payaso, que seguramente pertenecía a una caravana circense, se acercó a Perrine.

-¡Qué asno tan hermoso! -dijo-. ¿De dónde es?

-Viene de Grecia -respondió la niña-. Se llama Palikaro.

Lleno de curiosidad, el muchacho siguió preguntando: ¿Está muy lejos Grecia? ¿De dónde vienen? ¿Qué pases han recorrido? ¿A dónde van?

La niña respondía todas sus preguntas y le dijo también que se quedarían algunos días en París.

-¿Dónde guardarás el carro? -volvió a preguntar el muchacho.

-Nos han dicho que en Auxerre hay locales libres.

-Pero eso no es para ti. Es un lugar peligroso.¿Con quién viajas?

-Sólo con mi madre; pero ella está enferma.

-Entonces debes ir a casa de Grano de Sal. Es el propietario del campo Guillot, donde no tendrás nada que temer porque lo cierran de noche.

-¿Es muy caro?

-No. En este tiempo no. Además, allí el burro encontrará alimento.

-¿Está muy lejos?

El muchacho le respondió que no y le explicó el camino que debía tomar para llegar hasta allí. Perrine le dio las gracias y entró a su carro a repetir a su madre lo que le habían informado. Antes de salir nuevamente, se inclinó junto a ella y le dijo:

-Hay varios vehículos con toldos en los que se lee "Fábricas de Maraucourt", y debajo aparece el nombre de "Vulfrán Painsavoine". Es extraño ver esa inscripción tan repetida.

-Eso no tiene nada de extraño -respondió la madre.

EN CASA DE GRANO DE SAL

Al llegar su turno, el inspector municipal que subió a revisar el carro de la niña se impactó al ver a esa joven mujer tan enferma y rodeada de tanta miseria.

-¿No llevan nada para vender? -preguntó.

-Nada.

-Está bien. Pueden entrar.

Al ingresar a París, Perrine tomó el camino que le había indicado el joven payaso. Se extravió más de una vez en las muchas calles que hubo de cruzar, al fin se encontró delante de una empalizada: era el campo Guillot.

La niña dejó el carromato en la calle y entró al recinto.

-¿Qué se te ofrece? – preguntó un hombre de barba hirsuta, que estaba ocupado escogiendo algunos trapos.

La niña explicó en pocas palabras lo que deseaba, mientras el hombre llenaba un vaso de vino y lo bebía de un solo trago.

-Tienes que pagar por adelantado cuarenta y dos centavos semanales por el carro y veintiuno por el asno, que podrá comer cardos y hierba.

-Pagaré por días -dijo la niña-, pues sólo descansaremos en París, para continuar a Amiens.

-Puedes decir a tus padres que entren.

-No tengo más que a mi madre que está enferma. Está muy fatigada porque venimos de muy lejos.

-Pondrás el carro allá debajo -dijo el hombre señalando un rincón del campo-, y después amarrarás el asno. Apenas estuvo el carro instalado, Perrine subió a él.

-¡Al fin hemos llegado, mi pobre mamá! -dijo.

-¡No moverse más, no rodar más! -exclamó la madre-. ¡Tantos y tantos kilómetros! ¡Dios mío, qué grande es la tierra!

-Ahora que podemos descansar -dijo Perrine-, te prepararé algo de comida.

Salió del carro. En un hornillo encendió el fuego y en una vieja cacerola coció algo de arroz. Luego volvió junto a su madre y la examinó con mirada inquieta. Estaba sentada en su colchón, cubierta con un manto de lana que en otro tiempo había sido de buena calidad, pero que ahora no era más que un andrajo.

La mujer trató de comer un poco de arroz; pero no pudo tragarlo.

-No puedo pasarlo- dijo al fin-. Se me revuelve el estómago.

-¡Por Dios, mamá!

-No te inquietes. Esto es sólo cansancio. Con el reposo me volverá el apetito -dijo la madre, echándose jadeante sobre su colchón.

-Si quieres, voy a buscar un médico. Aquí los hay muy buenos.

-Sí, pero los buenos médicos no se molestan sin que se les pague. Tenemos siete francos y, además, en mi bolsillo hay varias monedas. ¿A cuánto asciende todo esto? -preguntó Perrine-. Yo no conozco bien la moneda francesa.

Entre las dos sacaron la cuenta: tenían nueve francos con ochenta y cinco centavos.

-Ya ves, nos alcanza para pagar el médico -continuó Perrine.

-Sí, pero recetará medicamentos...

-Se me ocurre una idea. Yo he pensado mucho en nuestra llegada a Maraucourt. ¿Crees que podríamos presen-

tarnos en este mísero carro? ¿Nos darán una buena acogida si llegamos en él?

-La verdad, es que hasta para los parientes que no sean orgullosos, sería humillante nuestra llegada— respondió la madre.

Entonces, más vale no exponerse, y puesto que ya no necesitamos el carro, podemos venderlo.

-Pero hace más de un año que vivimos en él. Aquí murió tu padre, y sólo pensar en venderlo me llena de tristeza.

-¡Oh, mamá! -exclamó la niña-. Perdóname por hablarte de esto.

-No tengo nada que perdonarte. Tienes razón. Soy yo la que debería haber pensado en que no podíamos llegar a Maraucourt en este carro y vestidas con estos andrajos. Es preciso vender el carro y todo cuanto contiene. Pero eso no basta. También debemos vender...

La enferma vaciló. Siguió una penosa pausa.

-A Palikaro -dijo por fin la niña-. Ya lo había pensado, pero no me atrevía a decirlo. Me costaba mirarlo por temor a que adivinara que podíamos separarnos de él, en vez de llevarlo a Maraucourt, donde sería feliz.

-¿Pero sabemos nosotras siquiera si seremos bien recibidas en Maraucourt?- preguntó la madre-. Sin embargo, es lo único que podemos esperar; debemos presentarnos lo mejor posible para que no nos cierren las puertas...

¿No nos protegerá el recuerdo de papá, que era tan bueno? ¿Se conserva el enojo aun contra los muertos? Yo hablo de acuerdo con las ideas de tu padre, a las cuales deberemos obedecer. Venderemos todo, llamaremos al médico y, en cuanto me reponga, compraremos dos vestidos decentes. Iremos a Maraucourt en tren... Pero no hablemos más, ya estamos decididas y me siento fatigada.

-Te dejaré descansar y aprovecharé para lavar nuestra ropa -dijo la niña y salió del carro.

Cuando terminó su tarea se acercó a Palikaro, le llevó agua en un balde y le habló con ternura. El asno inclinaba de cuando en cuando sus largas orejas. Las palabras de la madre habían angustiado a la niña. Apoyó su cabeza en la del asno y dejó correr sus lágrimas.

3

VISITA DEL MÉDICO

La madre pasó una noche muy mala. Se ahogaba a causa del calor; pero, al amanecer, el frío de la mañana la hacía tiritar.

Apenas Grano de Sal se levantó, Perrine le preguntó el nombre y la dirección de un médico. Siguiendo sus indicaciones, llegó hasta la casa del doctor. Este salía en ese momento y se disponía a subir a su coche.

-Señor -dijo la niña-, estamos en el campo Guillot. Mi madre está muy enferma. ¿Podría ir a verla? Tenemos dinero para pagarle.

-Son tres francos -dijo el médico.

Perrine le pasó el dinero.

-En un cuarto de hora más veré a la enferma -prometió el doctor.

Perrine se apresuró en volver junto a su madre.

-Vendrá un médico, mamá. Él te curará. Estoy segura.

No tuvieron que esperar mucho tiempo: el ruido de un carruaje anunció la llegada del doctor. Perrine corrió a su encuentro.

El médico no manifestó sorpresa al ver la miseria del carromato. Pero se impresionó cuando vio a la enferma.

-Será preciso que usted vaya a un hospital -dijo.

Madre e hija profirieron una exclamación de espanto y de dolor.

-Niña, déjame a solas con tu madre -añadió el médico con voz autoritaria.

-¿No tengo remedio? -preguntó la mujer con voz apagada.

-¿Quién habla de eso? Lo que usted necesita son cuidados que aquí no puede recibir.

-Pero yo no puedo separarme de mi hija. ¿Qué haría ella sola en París? Si he de morir, quiero que esté a mi lado hasta el último instante.

-De todos modos, usted no puede estar aquí. Deberá alquilar una habitación, porque el frío de la noche sería mortal. Grano de Sal le cederá una por poco dinero. Además necesita medicinas y alimentos. Estaría mejor en un hospital.

-Eso es imposible. No puedo separarme de mi hija.

El médico llamó a la niña. Escribió algunas líneas en una libreta, arrancó la hoja y la entregó a Perrine diciéndole que comprara esos medicamentos y prometió volver en la noche. La niña acompañó al doctor hasta la salida del campo.

-¿Está muy mal mi mamá? -preguntó.

-Procura convencerla de que vaya al hospital. Sería una locura que no lo hiciera, pero no quiere separarse de ti.

En cuanto el médico se hubo alejado, la niña corrió a la farmacia. Compró las medicinas y, también, dos huevos y un pan. Rápidamente, volvió junto a su madre.

Los huevos son frescos -dijo alegremente Perrine a su madre- ¿Vas a comer, verdad?

-Sí, hija.

Ambas se sentían llenas de esperanza. La enferma, más tranquila, pudo comer algo y luego se recostó para descansar. Perrine aprovechó ese momento para consultar a Grano de Sal sobre la venta del vehículo y de Palikaro. Lo del carro se arregló de inmediato, pues el propio Grano de Sal podía comprarlo, como lo compraba todo. Pero, en cuanto al asno, deberían esperar hasta el miércoles para venderlo en la feria de caballerías.

Era mucho esperar, aunque mientras tanto podrían mantenerse con la cantidad que recibirían por el carro. Pero Grano de Sal sólo le ofreció quince francos por él, con todo lo que contenía.

-¡Quince francos! -exclamó Perrine.

-Sí -contestó Grano de Sal-, y sólo lo hago por ayudarte, pues no sé para qué me va a servir ese armatoste.

Después de muchas palabras, todo lo que Perrine pudo conseguir por la venta de su carro fueron diecisiete francos y medio.

Una vez cerrado el trato, la niña visitó las habitaciones de la casa para ver cuál podía alquilar. La vivienda era mísera y estaba llena de los materiales que vendía y compraba su dueño. Pero al menos tendrían techo y paredes que no eran de lona.

-¿Conoce el doctor estas habitaciones? -preguntó Perrine.

-Por supuesto que sí. Más de una vez ha venido a visitar a la marquesa.

Con esta respuesta Perrine se decidió. Si el médico se lo había recomendado y si una marquesa vivía allí, bien podría alojarse con su madre en uno de esos cuartos.

ADIOS A PALIKARO

La niña se dedicó a limpiar prolijamente la habitación donde iba a instalarse con su madre. Mientras trabajaba, pudo conocer a sus vecinos: una anciana de cabello gris que usaba un sombrero adornado con cintas tricolores, y un hombre corpulento vestido con un largo abrigo de cuero. La mujer se dedicaba a cantar por las calles y era nada menos que la marquesa de quien le había hablado Grano de Sal. El hombre era un zapatero remendón, que trabajaba desde la salida hasta la puesta del sol, mudo como un pez, por lo que todos lo conocían como el tío Carpa.

Al anoecer, Perrine ya había terminado de arreglar de la habitación, y pudo trasladar a su madre. Pero la enferma no durmió bien. Su sueño fue febril, lleno de inquietudes y alucinaciones. El médico la encontró peor y recetó nuevos medicamentos. Perrine acudió otra vez a la farmacia. Hizo cálculos y se sintió angustiada. Si los gastos continuaban, ¿cómo llegarían hasta el miércoles, día señalado para vender al pobre Palikaro?

Si las cosas se hubieran presentado un poco mejor, Perrine se hubiera sentido estimulada y fortalecida; pero no era así. Aunque su madre no se quejaba jamás y siempre decía "estoy mejor", la niña veía que eso no era cierto. La enferma no dormía, no tenía apetito, padecía fiebre y se sentía débil y fatigada. El médico continuaba visitándola diariamente.

No cambiaremos el tratamiento hasta mañana -decía-. No es urgente.

Perrine pensaba entonces que "si no era urgente", su madre no estaba tan mal como ella creía.

Por fin llegó el miércoles. La niña tenía impaciencia por recibir el dinero, pero sentía un profundo dolor al pensar que tenía que separarse de su querido Palikaro. Grano de Sal se ofreció para acompañarla al mercado, lo que le significó un gran alivio pues temía que la engañaran al verla sola y de tan corta edad.

Perrine limpió y arregló a Palikaro; estaba llena de tristeza: ya no vería más a su querido burro, compañero de dolores y alegrías. ¿Quién sería su nuevo dueño? ¿Alguien podría quererlo como ella lo quería? Estos y otros pensamientos atormentaban su alma todavía infantil.

La niña caminaba al lado de Grano de Sal, mientras acariciaba dulce y tristemente a su asno. Caminaron hasta llegar a un puente muy ancho que terminaba en un jardín. Subieron una ligera cuesta y se encontraron ante un vasto espacio rodeado por una verja. En su interior había varias caballerizas. En ese momento se acercó una mujer que saludó a Grano de Sal. Tenía alrededor de cincuenta años y vestía como un hombre. Además fumaba una corta pipa negra que no se quitaba de la boca para hablar. Pero su mirada era bondadosa. Era la señora Rouquerie.

-¿Es suyo este asno? -preguntó a Grano de Sal.

-No, es de la niña; pero si necesita un asno, se lo recomiendo. Es un gran trabajador. Ha venido desde Grecia, sin detenerse.

-Yo lo necesito para que tire una carreta cargada de pieles de conejo -explicó la señora.

Examinó atentamente al animal y preguntó cuál era su precio.

-Cien francos -dijo Grano de Sal, tal como había acordado con la niña.

Pero la compradora puso el grito en el cielo.

-¡Cien francos por un asno vendido sin garantía!

-Está bien -dijo Grano de Sal después de una larga discusión- vamos a llevarlo adentro del mercado.

Llegaron hasta la entrada de la verja. Allí el asno se detuvo y no dio un paso más a pesar de que la niña lo tiraba de la rienda. Peor aún, se tendió en medio de la calle interceptando el paso.

Grano de Sal estaba furioso y Perrine desesperada. La señora Rouquerie se acercó y dijo:

-Veo que es un asno listo. Les ofrezco treinta francos, pero decidan pronto, porque si no, compraré otro.

Al ver al asno tirado en medio de la calle, se acercó un policía y ordenó que sacaran inmediatamente el animal de allí. En vista de que el asno no quería avanzar, Perrine se vio obligada a retroceder. Cuando comprendió que ya no lo obligaban a entrar, el burro se levantó y siguió a su ama moviendo contento las orejas.

-Ahora -dijo la señora Rouquerie, después de entregar a Perrine los treinta francos en monedas de cinco- es preciso que me acompañen a mi casa, porque ese asno sería capaz de no querer seguirme. No es muy lejos de aquí.

Cuando llegó el momento de la separación, la niña abrazó a Palikaro con los ojos llenos de lágrimas.

-No será desgraciado, te lo prometo -dijo la señora Rouquerie.

5

¡TE VEO DICHOSA!

¿Qué podrían hacer con sólo treinta francos?, se preguntaba Perrine al llegar al campo Guillot. Entregó el dinero a su madre y ésta decidió:

-Es preciso marchar inmediatamente a Maraucourt. Hoy ya es muy tarde, pero nos iremos mañana a primera hora. Averigua, hija, las horas de salida de los trenes.

Al día siguiente, cuando la madre trató de levantarse se sintió desvanecer. La marquesa acudió en ayuda de Perrine y entre ambas volvieron a acostarla en su cama. El tío Carpa, también solícito, le llevó un plato de sopa. Ambos estaban conmovidos con la desgracia de la niña. La madre no pudo comer. Cualquier cosa le producía náuseas.

Llamado por la marquesa, el médico acudió nuevamente, pero después de examinar a la enferma se retiró diciendo que ya no podía hacer nada por ella.

Pasaron así varios días. Perrine no perdía las esperanzas de que su madre se mejorara, pero se aterraba al ver cómo disminuía el dinero. Una noche que velaba al lado de la enferma, sintió que ésta le apretaba la mano con fuerza.

-¿Quieres algo? -le preguntó con ansiedad.

-Sí..., quiero hablarte..., porque ha llegado mi última hora...

-¡Oh mamá!...

-No me interrumpas, hija querida. No quisiera asustarte..., pero debo decirte algunas cosas. Es preciso separarnos...

Perrine dejó escapar un sollozo, que a pesar de sus esfuerzos no pudo reprimir.

-Es terrible, hija mía -continuó la madre-, pero también pienso que será mejor para ti ser una huérfana que ser presentada por una madre a quien se rechaza. En fin, Dios lo quiere así y deberás continuar sola tu camino...

La emoción le cortó la palabra. Después de algunos momentos continuó:

-Cuando yo ya no exista..., sacarás de mi bolsillo un papel envuelto en un forro de seda: es mi partida de matrimo-

nio y en ella están los nombres de tu padre y los míos. Nunca debes perderlo... Sé que te verás en la miseria, pero no te desanimes. Cuando ya nada tengas que hacer en París, deberás irte a Maraucourt. En tren, si puedes pagar, o a pie. Más vale que duermas en una zanja en el camino, antes de que permanezcas en París. ¿Me lo prometes?

-Sí, mamá, te lo prometo.

-Llegarás a Maraucourt -continuó la madre débilmente -, y deberás ser muy prudente, porque no tienes derecho a reclamar nada. Lo que obtengas ha de ser por ti misma, por ti sola, siendo buena, haciéndote querer... Yo espero... Sí, te harás querer... Es imposible que no te quieran... Entonces habrán terminado tus desgracias.

La enferma juntó sus manos y, como en éxtasis, exclamó : -¡Te veo dichosa..! Muero con este pensamiento y la esperanza de vivir para siempre en tu corazón...

Después, como si el esfuerzo de hablar la hubiera agotado, cayó sobre el colchón, con la respiración jadeante. Perrine permaneció silenciosa, inmóvil, con los ojos fijos en el rostro pálido de su madre. Después de unos minutos, cuando vio que la mujer continuaba en ese estado de posturación, no pudo contener más los sollozos y lloró desesperadamente.

6

CON HAMBRE Y SIN DINERO

El sacerdote había terminado de rezar las oraciones fúnebres. Perrine, desolada, permanecía, inmóvil, de pie jun-

18

to a la fosa. Estaba tomando conciencia del significado de su calidad de huérfana a tan corta edad.

La marquesa se acercó a ella y le dijo que debían marcharse. Se les unieron Grano de Sal y el tío Carpa que también habían concurrido al sepelio. Lentamente salieron del cementerio.

Todos le ofrecieron ayuda y le pidieron que se quedara con ellos, pero la niña contestó:

-No puedo quedarme en París. Mi madre, antes de morir me dijo que debía ir inmediatamente a casa de unos parientes que viven más allá de Amiens. Pero les agradezco con toda mi alma lo buenos que han sido conmigo y con mi madre.

-¿Y cómo vas a ir a Amiens? ¿Tienes dinero?

-Tendré que ir a pie. Tengo una guía que me ayudará a buscar el camino.

-¿Cuándo te quieres partir?

-Ahora mismo. Debo recoger mis cosas y me iré en seguida. Se lo prometí a mamá.

-Pues debes obedecer a tu madre -dijo la marquesa- pero antes te daré un abrazo con mis deseos de la mejor suerte para ti.

La niña se despidió de cada uno de sus amigos que la habían acompañado en esos momentos de tanto dolor. Volvió a agradecerles todo lo que habían hecho por ella, tomó sus cosas y partió siguiendo el camino que le había indicado Grano de Sal.

Muchas veces consultó su mapa y calculó las distancias que debería recorrer. Estaba a algo más de ciento cincuenta kilómetros de Maraucourt, de modo que si caminaba treinta kilómetros cada jornada, su viaje duraría seis días.

Perrine estaba llena de interrogantes. ¿Sería capaz andar treinta kilómetros cada día? No le quedaba más que

una moneda de cinco francos y una de un centavo. Con ese dinero tenía que mantenerse hasta llegar a Maraucourt y aun vivir algunos días allí. ¿Podría hacerlo?

Ya había salido de París y caminaba en línea recta. Entró a un pueblo y se dirigió a la panadería para comprar algo de comer.

-¿Quiere venderme una libra de pan? -preguntó a la dueña.

-¿Tienes dinero? -Inquirió la panadera.

-Sí, señora -contestó la niña entregándole los cinco francos-. Hágame el favor de darme el cambio.

Antes de cortar el pan, la mujer tomó 1a moneda y la examinó.

-¿Qué es esto? -preguntó haciéndola sonar sobre el mostrador-. ¿Quién te ha dicho que trates de hacer pasar esta moneda?

-Nadie; sólo le he pedido a usted una libra de pan para mi comida.

-No te daré el pan. Te aconsejo que te largues de aquí cuanto antes si no quieres que llame a la policía y te acuse...

- Pero, ¿por qué? – preguntó la niña asustada.

-Porque eres una ladrona. Quieres pasar una moneda falsa. ¡Sal de aquí, vagabunda!

Perrine sabía que ella no era una ladrona, pero ignoraba si su moneda era buena o falsa. ¿Qué haría si la detenían? Sintió angustia.

-Si no quiere darme el pan, por lo menos devuélvame mi moneda -dijo alargando la mano.

-¿Para ir a robar a otra parte? No, me la guardo. Si la quieres, anda a reclamarla a la policía. Y ahora, ¡lárgate de aquí!

Ante los gritos de la mujer se habían juntado algunas personas frente a la panadería. Perrine no sabía cómo escapar. Pero en medio de insultos y silbidos, se abrió camino y se alejó lo más rápido que pudo.

Cuando estuvo en medio del campo, respiró. No la habían detenido y ya no escuchaba los gritos que la acusaban. Pero no tenía pan ni dinero, tenía hambre y debía caminar.

7

TORMENTA

Comenzaba a sentir cansancio, pero Perrine quería seguir avanzando, pues le daba tranquilidad caminar con el fresco y la soledad de la noche, sin que nadie se preocupara de ella. Pero, debía aprovechar la luz del atardecer para buscar dónde dormir.

Desde el camino desierto, la niña pudo ver, junto a un campo ya cosechado, una pequeña choza de ramas abandonada. Esperó que oscureciera antes de tomar posesión de ese refugio. Quería estar segura de que nadie llegaría allí. Al entrar, encontró un montón de paja, donde se acostó rendida.

Cerró los ojos y evocó las imágenes de sus padres. Le parecía que los dos estaban junto a ella y se inclinaban para abrazarla, como siempre lo hacían cuando estaban vivos. No pudo contenerse y rompió a llorar. Pero al fin la fatiga y las muchas emociones de ese día la vencieron y se durmió profundamente.

Perrine despertó cuando aún no amanecía. Si hubiera sabido que era tan temprano, habría podido dormir un poco

más; pero le pareció prudente marcharse antes de que alguien pudiera llegar hasta su refugio.

Se levantó y caminó a paso largo. Extrañamente, muy pronto experimentó un cansancio desconocido para ella. Se dio cuenta de que era el hambre lo que la debilitaba. Al llegar a un campo de alfalfa recién cortada, se dejó caer sobre un montón de pasto fresco y muy pronto se quedó dormida.

Cuando despertó, el sol ya estaba alto y pudo ver que hombres y mujeres trabajaban en la llanura. Continuó su camino hasta que entró a un pueblo. Con miedo se acercó a otra panadería y preguntó a la dueña:

-¿Podría darme un centavo de pan? Era la única moneda que le quedaba. Al ver que la dueña le pasaba un pan pequeño, le dijo:

-¿Podría cortar un pedazo más grande? No me importa que no sea fresco.

Le entregaron entonces un pedazo de pan que tenía varios días, pero valía por dos de los que recién salían del horno. Apenas lo tuvo en sus manos, la boca se le llenó e saliva. Decidió partirlo en cuatro, para que le durara cuatro días. En cuanto se comió el primer pedazo, no pudo resistirse y devoró los otros tres. Entonces sintió sed, pero no se preocupó porque en cualquier parte encontraría agua.

A medida que avanzaba el día, el calor se hacía sofocante. De pronto, comenzó a soplar un fuerte viento y una negra nube cubrió el cielo. La fuerza del viento era cada vez más violenta, tanto, que Perrine no podía sostenerse en pie. Se acercaba una tormenta. Llovería y podría tomar agua.

Al cabo de unos instantes pasó una tromba que tumbó las mieses y retorció los matorrales, levantando torbellinos de polvo. La niña se tendió en la orilla del camino y se cu-

brió los ojos con las manos. Sintió miedo. No sabía qué hacer en medio de la tormenta. A ratos miraba hacia todos lados.

A través del polvo pudo divisar un bosque en el cual penetraba el camino. Pensó que tal vez allí estaría más segura. A pesar de su cansancio y de su miedo, se levantó del suelo y apresuró el paso hasta encontrarse bajo los árboles. Truenos y rayos cruzaban el cielo. Al resplandor de un relámpago divisó una pequeña cabaña de leñadores. Corriendo se dirigió hasta allí, empujó la puerta y vio un montón de virutas secas, pero no encontró a persona alguna. Entró y se sentó sobre las virutas que cubrían el suelo. Pronto la lluvia y el granizo se desencadenaron sobre el bosque. El agua corrió y Perrine no tuvo más que estirar sus manos para poder beber y saciar su sed. Se sintió tranquila. La lluvia continuó cayendo mientras la niña, ya más confiada, se sumía en un profundo sueño.

8

FELIZ ENCUENTRO

La lluvia había cesado, pero aún estaba oscuro cuando Perrine despertó. Ella prefirió esperar antes de reanudar su marcha.

Afuera de la cabaña corría el agua, así es que aprovechó para lavarse y peinarse. En un pequeño envoltorio guardaba todas sus pertenencias: el mapa, la partida de matrimonio de sus padres, una peineta, un pedazo de jabón, hilo, agujas, unas pequeñas tijeras, y algunos pobres y viejos utensilios de cocina. Era toda su fortuna.

Sentía un hambre tan grande que no podía dejar de pensar en comer algo. Recordó que cuando viajaba con su padre había visto que en algunos países la corteza del abedul se empleaba en la fabricación de bebidas. Con su cuchillo cortó algunas ramas y las partió en pequeños pedazos. Mascó uno. La pareció duro, áspero y amargo, pero tenía que aplacar esa hambre que le retorció el estómago y casi la hacía desfallecer.

Se detuvo frente a un campo donde trabajaban algunas jóvenes. Se armó de valor y pidió trabajo para ella. Pero le respondieron con brusquedad que no necesitaban a nadie y la miraron con desconfianza. Se alejó rápidamente de aquel lugar.

No había caminado mucho cuando debió detenerse. No veía el camino, porque tenía los ojos llenos de lágrimas. Sentía que había perdido sus energías.

El sol de mediodía acabó por abrumarla. Lo que hacía era arrastrarse más que caminar. A cada instante tenía que hacer un alto para descansar y respirar un poco. Sus pensamientos, cada vez más inquietantes, aumentaban su abatimiento. Le parecía que no lograría llegar a su destino.

Con pasos cansados y lentos, llegó a un bosque a través del cual el camino penetraba en línea recta, hasta perderse de vista. El calor era abrasador en la llanura, se hacía sofocante.

La niña se sintió agotada y bañada en sudor. Con su corazón exhausto, se dejó caer, incapaz de moverse y de pensar. No supo cuánto tiempo permaneció así. Pero llegó el momento en que escuchó el ruido de una carreta que pasaba por allí.

-¡Qué calor...! -exclamó el campesino que la conducía.
¡Es para morirse!

En su alucinación, la niña pensó que esa frase estaba dirigida a ella. Se levantó e hizo un último esfuerzo para penetrar en el bosque y elegir un lugar fresco para dormir. Tomó un sendero y a unos cincuenta metros de la carretera encontró un espacio poblado de hierba. Se tendió a la sombra de un castaño y apoyó la cabeza sobre su brazo. Ya no podía luchar más. Además de su hambre y cansancio, sintió una tristeza infinita. Su padre y su madre habían muerto; ahora le tocaba su turno. Sin darse cuenta, sumida en sus negros pensamientos, se quedó dormida.

Una sensación de calor en el rostro la despertó sobresaltada. Abrió los ojos y vio vagamente una enorme cabeza peluda inclinada sobre ella. Quiso echarse a un lado, pero reaccionó rápidamente: aquella cabeza era la de un asno. Lo miró con atención.

-¡Palikaro! -exclamó, y se abrazó al cuello del animal rompiendo a llorar.

Al oír su nombre, el asno, moviendo su cola rebuscó con alegría. Perrine escuchó una voz ronca que gritaba:

-¿Qué haces, viejo pícaro? ¡Espera un poco, que ya voy!

La niña vio aparecer una figura de hombre, con una pipa en la boca. La reconoció al momento. Era la señora Rouquerie, la comerciante que le había comprado a Palikaro. La mujer la observó con asombro.

-¿Te he visto en alguna parte? -preguntó.

-Sí, cuando le vendí a Palikaro.

-¿Cómo? ¿Eres tú, chiquilla? ¿Qué haces aquí?

Perrine no pudo contestar. La debilidad la obligó a sentarse, y su palidez así como sus ojos llenos de lágrimas hablaron por ella.

-¿Estás enferma? -preguntó la mujer.

Viendo que Perrine movía los labios sin articular ningún sonido, agregó:

-¡Vamos! ¿No podrás decirme lo que tienes?

La señora Rouquerie tenía experiencia y se dio cuenta entonces del problema de la niña. Se dirigió a su carreta y de un cajón sacó una botella, un pedazo de pan y otro de queso, y volvió junto a Perrine.

-Bebe un trago; esto te reanimará.

Le dio de comer y le indicó que lo hiciera con calma. Pero a pesar de las recomendaciones, el pan y el queso fueron devorados en un santiamén.

-¿Quieres más?

-¡Oh, sí!...

-Bueno, pero no te traeré más hasta que me hayas contado lo que te ocurre.

Perrine refirió todo lo que le había pasado desde la muerte de su madre; cuando llegó al incidente de la panadería, la señora Rouquerie se enfureció:

-Ella es una ladrona. Yo jamás he dado a nadie monedas falsas. No tengas cuidado. La obligaré a devolvérmela cuando pase por ese pueblo.

Perrine continuó su relato, hasta que llegó al momento en que penetró al bosque sintiendo que iba a morir.

-Es curioso -dijo la mujer-. Precisamente ese excesivo calor que debía matarte es lo que te ha salvado; porque a no ser por el bochorno, no me hubiera detenido en el bosque para que Palikaro descansara, y el animal no te habría encontrado. ¿Qué piensas hacer ahora?

-Voy a proseguir mi marcha.

-¿Y qué comerás mañana? No puedes ir así, a la buena de Dios... Espera. Puedes seguir conmigo. Yo voy hasta Creil, pasando por todos los pueblos y ciudades que encuentro a mi paso. Vendrás conmigo y me ayudarás a ven-

der. ¡Vamos! Prueba a gritar: "Veeendo pieeeles de conejo... géneros y hierros viejos..."

Perrine repitió el grito ofreciendo la mercancía.

-Está bien -dijo la mujer-. Gritarás por mí y te ganarás el pan. En Creil conozco a un comerciante que va hasta Amiens comprando huevos y le pediré que te lleve en su carreta. Cuando estés allí, podrás ir en ferrocarril hasta la casa de tus parientes.

-¿Con qué?

-Con el dinero que te daré en lugar de la moneda que te robó la panadera y que yo le obligaré a devolverme... Puedes estar segura.

9

AURELIA

Las cosas se arreglaron tal como la señora Rouquerie las había dispuesto. Perrine fue muy feliz con ella y se habría quedado en su compañía, como se lo pedía la mujer, si no hubiera sido por la promesa hecha a su madre. Debía continuar su camino.

Se despidió de su buena amiga y de Palikaro, y llegó hasta Amiens con el comerciante que compraba huevos.

Tomó el tren y descendió en el pueblo más cercano a Maraucourt. Perrine se había reanimado. Ya no era aquella mísera criatura abatida y extenuada que había encontrado Palikaro. Durante los días en que había estado con la señora Rouquerie había podido remendar y lavar su ropa. Además tenía dos francos y sesenta y cinco centavos que le habían devuelto después de comprar su pasaje. Esta vez su moneda de cinco francos no había sido rechazada.

No le fue difícil tomar el camino. Los diversos pueblos que encontró a su paso eran todos dependientes de Maraucourt. Allí estaban instalados los telares y las cordelerías de la fábrica de Vulfrán Paindavoine.

Era domingo y las altas chimeneas de ladrillo no lanzaban al aire su columna de humo. En el trayecto se encontró con una joven que avanzaba lentamente, agobiada por la pesada cesta que llevaba en el brazo. Perrine, que volvía a sentir confianza, se atrevió a dirigirle la palabra.

-¿Es éste el camino a Maraucourt?

-Sí. Yo voy hacia allá y, si quieres, podemos seguir juntas.

-Con mucho gusto. Si lo permites, te ayudaré a llevar tu canasto.

-Sería una tonta si no aceptara, porque pesa terriblemente.

Conversando, continuaron el camino. Perrine le preguntó si trabajaba en la fábrica y la joven le respondió que todo el mundo lo hacía y que ella estaba en la sección de bobinado.

-¿Es muy difícil ese trabajo? Yo también quisiera entrar en la fábrica, si me admiten.

-El trabajo no es difícil. Hay que estar atenta y no perder el tiempo. Pero estoy segura de que te admitirán. Pagan diez centavos de jornal.

Perrine aprovechó la ocasión para averiguar todo lo que le interesaba. Así supo que la joven no tenía padres y que vivía con su abuela Francisca, una señora muy conocida en Maraucourt porque había sido la nodriza de Edmundo Paindavoine, hijo del dueño de la fábrica.

-Cuando la gente quiere pedir algo al señor Vulfrán Paindavoine, se dirige siempre a ella -agregó la joven.

-Y ¿por qué no directamente al hijo? -preguntó Perrine.

Porque él se fue de aquí antes de que yo naciera y no se le ha vuelto a ver. Se enojó con su padre por asuntos de negocios y estuvo en la India para comprar yute. Este es un cáñamo que se hila, se teje y se tiñe en las fábricas de Maraucourt. Así ha hecho su fortuna el señor Paindavoine.

-¿Cómo te llamas? -interrumpió Perrine.

-Rosalía. ¿Y cuál es tu nombre?

Perrine no quiso revelar su verdadero nombre, y dijo el primero que se le ocurrió.

-Me llamo Aurelia.

Prosiguieron conversando y Perrine volvió a preguntar por Edmundo Paindavoine. Rosalía le contó todo lo que ella sabía.

Cuando estuvo en la India, Edmundo se casó, lo que disgustó aún más a su padre, quien deseaba que su hijo se casara con una joven muy importante de la región. Incluso había construido una quinta para ellos. Entonces rompieron del todo y actualmente nadie sabía si Edmundo vivía o había muerto, ni dónde se encontraba. Hacía muchos años que no se recibían noticias de él.

-Pero de esto no estoy segura, pues el señor Vulfrán no habla a nadie de ese asunto, ni siquiera a sus sobrinos -concluyó Rosalía.

-¿Tiene sobrinos el señor Vulfrán?

-Sí, el señor Teodoro Paindavoine, hijo de su hermano, y el señor Casimiro Bretonaux, hijo de su hermana. Ambos están a su lado y le ayudan. Si su hijo no vuelve, toda la fortuna y las fábricas serán para ellos. Pero esto sería muy triste.

-¿Para su padre?

-Y también para la región, pues no se sabe cómo serían las fábricas, que dan trabajo a todo el mundo, manejadas

por los sobrinos y por otras personas. Se oyen decir muchas cosas... Pero no es asunto nuestro.

Perrine no quiso insistir y permaneció callada. Rosalía entonces comenzó a preguntarle por sus padres y por qué había llegado hasta Maraucourt. La niña le contó que era huérfana y que se había dirigido hasta allí para trabajar un tiempo, antes de continuar hasta la ciudad donde vivían los únicos parientes que le quedaban.

Rosalía le propuso que alojara en casa de su abuela.

-No te prometo una habitación para ti sola -le dijo- Tendrás que compartir la pieza con otras seis mujeres; pero, en fin, dispondrás de una cama con sábanas y colcha, por sólo veintiocho centavos. ¿Puedes pagar?

-Sí, puedo. Acepto y te doy las gracias.

-Mi abuela tiene otras habitaciones mejores, pero son mucho más caras. Allí alojan los empleados de la fábrica, como el señor Fabry, que es el ingeniero constructor; el señor Mombleux, que es el contador; y el señor Bendit, encargado de la correspondencia extranjera.

-Yo sé hablar inglés -dijo Perrine.

-Entonces el señor Bendit se alegrará de conocerte y hablar contigo. Es un buen hombre.

10

LLEGADA A MARAUCOURT

Ya iban llegando a Maraucourt. Perrine, sorprendida, pudo ver el castillo del señor Vulfrán. Era un grandioso conjunto, con tres cuerpos de edificios, de fachadas de piedras blancas y ladrillos rojos, altos tejados y esbeltas chimeneas, que se destacaba en medio de vastos espacios cu-

30

biertos de hierba, con arboledas que llegaban hasta las praderas.

-Es parece hermoso, ¿eh? – dijo Rosalía.

-Muy hermoso.

-El señor Vulfrán vive allí con una docena de sirvientes. Sus sobrinos, según se dice, hubieran querido habitar en el castillo, pero el amo les ha dado otras casas, porque prefiere estar solo. Y aunque tiene sesenta y cinco años, todos los días llega puntualmente a la fábrica.

No tardaron en tener ante la vista el conjunto de los talleres que se agrupaban alrededor de una enorme chimenea. Más allá se veían las casas. Perrine observaba con atención ese pueblo del que tanto había oído hablar a su padre.

-Ya llegamos -dijo Rosalía deteniéndose frente a una casita de ladrillo-. En el fondo del patio están las habitaciones que se arriendan a los obreros. Espérame aquí, bajo estos manzanos, mientras hablo con mi abuela.

Muy pronto, la joven volvió con dos platos llenos de un guisado de carne con papas.

-Siéntate y come -dijo a Perrine, señalando una mesa-, nos partiremos mi ración.

-Pero...

-Puedes aceptarlo; he pedido permiso a mi abuela y además le he hablado de tu alojamiento. Está conforme.

En otra mesa, colocada a cierta distancia de la de las jóvenes, se veía a un hombre de unos cuarenta años, grave, rígido, que leía con mucha atención un libro encuadernado.

-Es el señor Bendit -dijo Rosalía en voz baja; y sin importarle interrumpir su lectura, se dirigió a él-: Señor Bendit, aquí tiene a una joven que habla inglés.

-¡Ah! -exclamó el interpelado, sin levantar la vista- Are you an English girl? (¿Es usted una niña inglesa?).

-No, sir, but my mother was (No, señor, pero mi madre lo era).

Y sin añadir una palabra, el señor Bendit volvió a entregarse a la lectura.

Las dos jóvenes acababan de comer, cuando se oyó el ruido de las ruedas de un coche que se acercaba. Se detuvo frente a la puerta.

-Es el señor Vulfrán -dijo Rosalía levantándose vivamente.

Perrine miró en dirección de la calle. Rosalía corrió hasta la casa y volvió a salir con su abuela.

-Buenos días, señor Vulfrán -dijo Francisca-. ¿Qué se le ofrece?

-Buenos días, Francisca. Quisiera hablar con tu hermano, pero fui hasta su casa y no lo encontré.

-Está en Amiens; pero volverá esta noche y le diré que hable con usted.

-Bien -dijo el señor Vulfrán-. ¿Dónde está Rosalía?

-Aquí, señor Vulfrán.

El caballero alargó su mano hacia ella y le entregó una moneda.

-¡Oh, gracias, señor Vulfrán!

El coche se alejó. Perrine escuchó todas las palabras que se cruzaron. Estaba impresionada por el tono de voz del dueño de las fábricas, que demostraba una voluntad firme e inexorable. En cambio sus ademanes eran inciertos y vacilantes.

Rosalía volvió contenta, mostrando su moneda.

-Pensé que el señor no te conocía -observó Perrine.

-¡Cómo no me va a conocer si es mi padrino!

-Pero él preguntó dónde estabas, cuando te hallabas

a su lado.

-Él es ciego.

-¡Ciego! -exclamó Perrine. ¿Hace mucho tiempo que no ve?

-Desde hace mucho. Su vista se había ido debilitando, pero él no hacía caso. Su salud se fue quebrantando, se cree que debido al pesar que le ocasiona la ausencia de su hijo. Estuvo muy enfermo del pulmón y siempre sufre de tos. Un día ya no vio más, ni para leer ni para andar. Se pensó que no podría seguir a cargo de las fábricas, pero no ha renunciado a nada y continúa trabajando. Los que habían contado con su enfermedad para hacerse dueños de todo, han tenido que volver a sus puestos. Son ellos los sobrinos y el señor Talouel -añadió la joven en voz baja.

Se escuchó una voz que llamaba a Rosalía.

-Es mi abuela. Debo marcharme. Nos veremos en la noche.

11

TRABAJADORA FABRIL

Aunque de buena gana se hubiera quedado en casa de la abuela Francisca, Perrine no se atrevió a hacerlo. Se levantó, salió a la calle y comenzó a caminar al azar. Aunque caminó lentamente, muy pronto recorrió todas las calles. Comprendió que no podía seguir dando vueltas sin llamar la atención y se dirigió hacia un bosque que había divisado al acercarse a Maraucourt.

Allí permaneció por varias horas pensando en lo que iba a hacer y en lo que sería su vida en adelante. Había llegado a su destino y al día siguiente comenzaría a trabajar.

Estaba segura de que, en adelante, todo saldría bien; lo más difícil ya había pasado. Hubiera deseado que sus padres estuvieran junto a ella para aconsejarla y animarla, pero tenía confianza en que conseguiría lo que deseaba.

Comenzaba a oscurecer cuando se decidió a volver a la casa de Rosalía. Al llegar, ésta se hallaba junto a la puerta respirando el aire fresco de la noche.

-¿Quieres acostarte? -le preguntó-. Te acompañaré para que converses con la abuela Francisca. Ven, entremos.

Como ya Rosalía había hablado con su abuela, el asunto se concertó rápidamente. Perrine pagó la suma que le pidieron.

-Así es que quieres establecerte aquí, hija -dijo Francisca con expresión plácida y bondadosa.

-Sí, señora; si es posible...

-Lo será si quieres trabajar.

-No deseo otra cosa.

-Si es así, no tendrás problemas.

Rosalía guió a Perrine hasta la habitación donde iba a alojarse. Era bastante pequeña y apenas cabían las seis camas. La niña no hizo ninguna observación, pero se sintió algo sofocada por el calor y por el encierro. Rosalía le señaló una cama junto a la ventana.

-Esa es tu cama. En la pared hay un clavo donde podrás colgar la ropa. Aquí estarás con buena gente. Pronto llegarán a acostarse. Que tengas una buena noche.

-Buenas noches y gracias.

Perrine se sintió contenta de estar sola. Se desvistió rápidamente y se metió a la cama. Las sábanas eran tan ásperas, que no experimentó la sensación de bienestar que esperaba. Pensó que si había dormido sobre paja y sobre virutas, también podría dormir allí.

Comenzaron a llegar sus compañeras de habitación y, al mismo tiempo, se inició una ruidosa charla que le impidió quedarse dormida. Cuando por fin se quedaron en silencio, Perrine se sentía tan sofocada que le fue imposible conciliar el sueño. Se dio cuenta de que no estaba acostumbrada al encierro ni a soportar una atmósfera tan viciada como la que se respiraba en aquel aposento. Logró abrir un poco la ventana y el aire fresco la tranquilizó y le permitió dormir.

Cuando despertó, se vistió de inmediato y salió al patio. ¡Qué bueno era el aire y qué deliciosa su frescura! Era demasiado temprano y nadie se había levantado. Caminó un poco hasta que se encontró a orillas de un riachuelo. Siguió su curso, adentrándose entre los árboles. De pronto, divisó una choza de ramas y cañas; era una especie de garita que en el invierno sirve para cazar las aves de paso. Pensó que si llegaba hasta ella, podría ocultarse allí sin exponerse a que nadie le preguntara qué hacía tan temprano en las praderas.

Caminando en medio de los mimbres, encontró un pequeño sendero por el cual avanzó y llegó hasta la choza. Estaba construida en un pequeño islote. Un tronco de árbol hacía las veces de puente. La niña pasó sin vacilar, abrió la puerta de la cabaña y entró.

Le pareció un lugar maravilloso. ¡Cuánto mejor habría estado allí durante la noche! Permaneció durante largo rato escuchando el canto de los pájaros y disfrutando del amanecer.

Pero el trabajo debía comenzar muy pronto y ya era tiempo de que abandonara aquel sitio y se acercara a los talleres.

Al llegar a la casa, se encontró con Rosalía que la buscaba y con ella se encaminó hacia la fábrica. Un hombre alto y delgado vigilaba la entrada.

-Es el "Flaco" -dijo Rosalía-. Es Talouel, el director. Ven conmigo.

Se detuvieron junto a él.

-Señor director -dijo Rosalía-, esta joven es una compañera que desea trabajar.

-Veremos en un momento más -respondió Talouel dirigiendo una rápida mirada a Perrine.

En ese momento llegaba el señor Vulfrán. El director salió a su encuentro y le saludó inclinándose y sacándose el sombrero. Continuaron entrando los obreros y los empleados. Luego se acercó un joven que avanzaba apresuradamente.

-Buenos días, Talouel -dijo-. ¿Ha llegado ya mi tío?

-Sí, señor Teodoro, hace cinco minutos lo menos. Pero no es usted el último. El señor Casimiro aún no ha llegado.

Cuando todos entraron, Talouel se dirigió a Rosalía.

-¿Qué sabe hacer tu compañera?

-Aún no he trabajado en las fábricas contestó Perrine de inmediato.

Talouel la miró y luego dijo a Rosalía que la llevara a las vagonetas, y que la pusiera bajo las órdenes de Oneux.

Ingresaron en la fábrica. El ruido era ensordecedor

-Ya te acostumbrarás -dijo Rosalía al ver la expresión de Perrine-. El trabajo de las vagonetas no es difícil. Yo comencé en esa sección.

Abrió una puerta y entraron a una sala muy larga, donde el movimiento vertiginoso de miles de husos producía un estrépito atronador.

Se dirigieron al jefe de la sala.

-El "Flaco" me ha encargado que le presente a usted esta joven para que la destine a las vagonetas -dijo Rosalía.

El jefe era un antiguo obrero que había perdido una pierna. Era un hombre rudo, que siempre estaba riñendo;

pero en el fondo era un buen hombre. Se volvió a Perrine y preguntó:

-¿Cómo te llamas?

-Aurelia.

-Ven conmigo.

La condujo ante una vagoneta y le explicó su trabajo. En realidad era bastante sencillo. Tenía que cargar las bobinas en la vagoneta y cuando ésta estuviera llena, llevarla hasta el taller de tejido y descargarla. De cuando en cuando escuchaba la voz del jefe que le advertía:

-No te distraigas en el camino.

Al salir de la fábrica, a la hora del almuerzo, Perrine se dirigió a la panadería para comprar media libra de pan. Hubiera deseado comer algo más pues tenía mucha hambre, pero desde hacía tiempo se había acostumbrado a imponer silencio a su apetito.

12

ACCIDENTE DE ROSALIA

Mucho antes de la hora de entrada, Perrine estaba en la puerta del taller. Cuando Rosalía llegó, entró con ella y continuó su trabajo. A medida que avanzaba el día, el cansancio se dejaba sentir más. Inclinarsse, levantarse para cargar y descargar la vagoneta, empujarla para echarla a andar, retenerla después y darle un nuevo impulso, era cosa de juego al principio. Pero repetir estos movimientos sin tregua durante varias horas, se convirtió en un trabajo verdaderamente duro. Al final de la jornada, Perrine experimentaba un cansancio que nunca había sentido, ni aun en sus más fatigosas jornadas de marcha.

La niña iba empujando su carro cuando de repente vio que Rosalía caía y, al mismo tiempo, oyó un grito de dolor. Las máquinas se detuvieron y se hizo un silencio. Todos corrieron junto a la joven.

-¿Qué te ha pasado? -preguntaron.

-Me he aplastado la mano.

Su cara estaba pálida y sus labios descoloridos. De su mano herida caían gotas de sangre.

-¡Despejen, y vuelvan a su trabajo! -gritó el jefe; y, dirigiéndose a Perrine, agregó:- Tú, la nueva, ¡ven aquí! Acompaña a esta tonta donde el director.

Ambas salieron. Rosalía se sujetaba la mano herida.

-¿Qué te pasó?

-No sé... Me caí de repente... Quizás estaba muy cansada.

Al entrar en la galería donde se encontraban las oficinas, fueron recibidas por Talouel que se paseaba. Parecía furioso.

-¿Qué tiene ésta ahora? – gritó.

Rosalía le mostró su mano ensangrentada.

-¡Véndate con un pañuelo! -exclamó. Y volviendo su vista hacia Perrine, preguntó:-

-Y tú, ¿qué tienes?

-Yo, nada. El jefe me ordenó que acompañara a Rosalía.

-Bien -dijo furioso-. Acompáñala entonces a casa del doctor. Cuando las dos jóvenes se preparaban para salir, apareció el Señor Vulfrán y preguntó qué sucedía.

-Nada, señor -respondió Talouel-. Una muchacha se ha dejado apresar una mano.

-¿Dónde está?

-Aquí, señor -contestó Rosalía.

El señor Vulfrán reconoció la voz de la joven y se interesó vivamente por ella. Envió a llamar al doctor Ruchón para que fuera en seguida a ver a la enferma a casa de la abuela Francisca. Volviéndose a Rosalía dijo:

-¿Quieres que te acompañe alguien hasta tu casa?

-Muchas gracias, señor; tengo aquí a una compañera.

-Bien, hijita. Anda y dile a tu abuela que se te dará una indemnización.

Perrine se sintió conmovida.

-¡Qué bueno es el señor Vulfrán! -dijo cuando salieron.

-Lo sería mucho más si estuviese solo -contestó Rosalía-; pero con el señor Talouel no puede. Además le falta tiempo porque tiene muchos asuntos de qué preocuparse... Aunque conmigo es siempre muy bueno -continuó- porque mi mamá era hermana de leche de su hijo Edmundo.

-¿El piensa mucho en su hijo? -preguntó Perrine.

-No piensa más que en él.

Llegaron hasta la casa. Francisca vio a su nieta y corrió hacia ella asustada.

-¿Qué te ha pasado? ¿Estás herida?

-Un poco abuela, en los dedos; pero no es nada.

-Es preciso ir a buscar al doctor Ruchón.

-El señor Vulfrán ya ha enviado a buscarle.

Al entrar en la casa, agradeció a Perrine su compañía. La niña decidió volver a la fábrica, pero en el momento que iba a llegar a la verja, un prolongado silbido anunció la hora de salida.

Durante el día, Perrine se había preguntado mil veces cómo podría arreglarse para no pasar la noche en la habitación de las obreras. Había estado a punto de asfixiarse y casi no había podido dormir.

Su mayor problema, además de encontrar otro lugar, era explicarle a Rosalía de una manera aceptable que ese aposento, bueno para las otras obreras, era insoportable para ella. No sabía qué hacer.

Sin embargo, la herida de Rosalía vino a cambiar la situación. La pobre joven iba a permanecer algunos días en cama y no sabría lo que pasaba en la casa. No tendría, por lo tanto, que responder a sus preguntas. Más adelante buscaría una buena explicación.

Pero, ¿dónde habría un lugar mejor para ella? No tuvo que pensarlo mucho. La choza que había encontrado en la mañana le proporcionaría todo lo que necesitaba: un techo para cobijarse, paredes, una capa de helechos secos por cama y, lo más importante, una casa propia. Era todo lo que podía desear.

Perrine no vaciló un segundo, y después de haber ido a la panadería para comprar otra media libra de pan que debía servirle de comida para la noche, en lugar de volver a la casa de Francisca, tomó el camino que había recorrido en la madrugada.

Olvidó su cansancio del día y se puso a trabajar. Lo primero que hizo fue fabricar una escoba con ramas de abedul; luego cortó un buen haz de helechos secos para armar su cama.

Llegó hasta el islote, abrió la puerta de la choza y sacó lo que allí había: un tronco, que hacía las veces de un banco, y todas las hierbas secas. Barrió y limpió con prolijidad.

Volvió a colocar el tronco y arregló los helechos donde dormiría.

Ya era la hora de cenar. Perrine se sentía feliz. Tenía un pan en el bolsillo, su lecho estaba preparado, y la noche era hermosa y tranquila. Comió su pan dividiéndolo en pequeños pedazos. Aunque se sentía muy segura en ese lugar, retiró el tronco que servía de puente y cerró la puerta de la choza.

Ahora sí que estaba en su casa, dueña y soberana de su isla. Tenía que ponerle un nombre, uno que correspondiera a su alegre estado de ánimo. "Buena Esperanza" le pareció el mejor. En realidad, todo había cambiado y se sentía llena de dulces esperanzas.

Durmió tranquilamente hasta que el primer silbato interrumpió el silencio de la campiña. Perrine se puso de pie y, después de lavarse y de peinarse cuidadosamente a orillas del estanque, se dispuso a marchar. Antes de irse, dejó escondido el puente por si a alguien se le ocurría visitar la isla.

Llegó una de las primeras hasta las puertas de los talleres. Allí escuchó los comentarios que hacían diversos trabajadores. Se referían a la muchacha que se había accidentado el día anterior, a quien habían tenido que amputarle un dedo.

Perrine no necesitó preguntar a quién le habían amputado el dedo. Su corazón se oprimió. Rosalía la había recibido y la había tratado como a una amiga. Vio acercarse al señor Bendit y se dirigió a él.

-Caballero -le dijo en inglés-, ¿puedo preguntarle cómo está Rosalía?

Bendit fijó su mirada en la niña y le respondió:

-He visto a su abuela esta mañana, y me ha dicho que había dormido bien.

-¡Ah, gracias, caballero!

Durante toda la mañana no pensó más que en la enferma y en cuanto llegó la hora de salida corrió hasta su casa. Pero la abuela Francisca no estaba y no le permitieron entrar. No se atrevió a volver en la noche. Además, ansiaba regresar a su isla, que se encontraba tal como la había dejado.

Después de cenar sólo un pedazo de pan como la noche anterior, se puso a reflexionar. Ya había solucionado su necesidad de alojamiento, pero debía preocuparse de otros dos puntos: su vestuario y su alimentación.

Sabía que no podía seguir alimentándose sólo con un pedazo de pan. Estaba acostumbrada a comer poco, pero tenía que conservar su salud y sus fuerzas. En cuanto a su vestimenta, ya no le cabían más remiendos y sus zapatos estaban totalmente gastados.

Mientras meditaba en estos problemas, la mirada de Perrine se fijó en unos juncos que crecían en el río; sus tallos eran vigorosos, altos y fuertes; entre los que habían brotado en la primavera quedaban algunas del año anterior, caídos en el agua y, al parecer no se habían podrido aún. Entonces se le ocurrió una idea. Podía hacer unas alpargatas con la suela de juncos trenzados, y cubrirlas con un pedazo de tela.

De inmediato se puso a la tarea. Escogió las mejores ramas, las más flexibles y resistentes, y las trenzó. Pero vio que su trenza no tenía ninguna solidez. Las ramas de junco estaban demasiado huecas. Tenía que machacar las fibras. Buscó una piedra y volvió a comenzar. En eso estaba cuando la sorprendió la noche.

Al día siguiente, en cuanto salió de la fábrica volvió a su trabajo. Compró un pedazo de tela gruesa y una cinta azul. No podía gastar más pues tenía que guardar su dinero pa-

ra comer. Con paciencia, volviendo a hacer lo que no consideraba perfecto, ensayando y con mucho esfuerzo e imaginación, Perrine logró al fin su objetivo. En la mañana del sábado tuvo la satisfacción de salir calzada con sus graciosas alpargatas grises atadas con una cinta azul.

14

PERRINE AGUZA SU INGENIO

Perrine estaba orgullosa de su calzado.

-¿Dónde has comprado esas alpargatas?- le preguntó una de sus compañeras.

-Las he hecho yo misma con juncos trenzados y un pedazo de género.

-Son muy graciosas. Te quedan bien.

Este éxito decidió a Perrine a emprender otro trabajo más difícil y delicado. Debía fabricarse una camisa para sustituir la única que tenía. ¿Cuánto le costaría la tela necesaria?

Todos los días, cuando a la hora de almorzar iba desde la fábrica a la casa de la abuela Francisca para preguntar por Rosalía, se detenía ante una pequeña tienda y miraba sus escaparates. Ahora ella podía entrar, puesto que tenía tres monedas. Traspuso el umbral.

-¿Qué deseas, niña? -preguntó con una amable sonrisa la mujer que atendía.

-¿Quiere decirme cuánto cuesta la percala, la más barata?

-Cuarenta centavos el metro.

-¿Me puede cortar dos metros?

-¿Qué más se te ofrece? -preguntó la tendera después de haber rasgado la tela.

-Quisiera un poco de hilo.

-Aquí tienes un ovillo de diez centavos.

Perrine experimentó una gran alegría al salir de aquella tienda estrechando entre sus brazos su paquete envuelto en papel de diario. Cruzó a la carrera el camino que la separaba de su isla, adonde llegó sofocada, pero esto no le impidió trabajar. Lo más difícil fue cortar su camisa. Guiándose por el modelo de la vieja, procedió a cortar el género. Luego, coser la blusa no fue un problema serio para la niña. Desde muy pequeña, su madre le había enseñado a coser. Por fin, el martes por la mañana pudo ir al taller con blusa nueva, adquirida con su trabajo, cortada y cosida con sus manos.

Aquel día, cuando se presentó en casa de Francisca, fue la propia Rosalía la que le salió al encuentro con el brazo en cabestrillo.

-¿Ya estás bien?

-No, todavía no. Sólo me permiten levantarme y salir al patio.

Contenta de verla, Perrine continuó haciéndole preguntas, pero Rosalía le contestaba con reserva. ¿Qué tendría?

Al fin, lanzó una pregunta que orientó a Perrine.

-¿Dónde vives ahora?

-Aquí era demasiado caro para mí -contestó Perrine, esquivando una respuesta directa-. No me quedaba dinero para la comida y otros gastos necesarios.

-¿Y has encontrado algo más barato en otra parte?

-No pago nada. Más tarde te contaré. Ahora debo volver a la fábrica.

-Como quieras -dijo Rosalía con frialdad.

Perrine se alejó entristecida. Pensó que ella no tenía culpa si no podía continuar habitando en ese aposento común, en casa de la abuela Francisca.

Cuando en la tarde salió de la fábrica, se encontraba todavía bajo esa amarga impresión. Además, no tenía nada que hacer. Comenzó a caminar cerca del estanque en los campos que rodeaban su isla. De pronto, oyó un ruido a sus pies. Era un pájaro que, asustado, dejaba su nido y huía. La niña pudo ver que entre las hojas, hierbas y plumas, había diez huevos blancos con manchas de color avellana. Lo contempló sin acercarse más.

Reanudó su paseo hasta que, cansada, volvió hasta su isla y se preparó para dormir.

Al día siguiente, más de una vez durante su trabajo, se preguntó por qué no había recogido algunos huevos de ese nido. La idea la obsesionó en tal forma que al salir de la fábrica compró sal y fósforos y se dirigió corriendo al lugar donde había encontrado el nido. Había once huevos en lugar de diez, lo cual demostraba que el ave todavía estaba poniendo y no incubando.

Sacó dos huevos del nido, encendió fuego y los coció en las cenizas. Cuando los comió con su pan, se dio cuenta de que con imaginación podía mejorar mucho su comida. En ese lugar había berros, también podía encontrar groseillas y, con suerte, podía pescar. Una lata de conservas vacía que halló botada podía servirle para cocer sus alimentos mientras no pudiera comprar algo mejor.

Perrine estaba tan entusiasmada con sus descubrimientos y progresos que hasta se atrevió a invitar a Rosalía a comer con ella. Fue a verla y le contó dónde estaba viviendo y todo lo que había logrado hacer. Rosalía estaba maravillada y aceptó de inmediato la invitación.

En la tarde del domingo, Rosalía llegó hasta la choza de Perrine. La niña tenía todo preparado. Había hecho sopa, huevos y berros. Y como postre, le ofreció grosellas.

-Hubiera sentido mucho no venir- dijo entonces Rosalía-. Me parece todo tan bonito y divertido...

-Y ¿por qué no ibas a venir?

-Porque querían enviarme a ver al señor Bendit que está enfermo. Ha contraído fiebre tifoidea y está muy mal. No conoce a nadie. Por eso mismo, estuve a punto de venir a buscarte.

-¿A mí? ¿Para qué?

-Porque él es el encargado de traducir la correspondencia extranjera. El señor Fabry, que podía haberlo reemplazado, está en Escocia. Y el señor Mombleux, que está solo, se encuentra en un gran aprieto. Yo escuché todo esto cuando les servía la mesa. Entonces se me ocurrió decirles que tú hablabas el inglés tan bien como el francés...

-Yo hablaba francés con mi padre e inglés con mi madre, y cuando los tres conversábamos, lo hacíamos en cualquiera de los dos idiomas. Si puedo servir al señor Mombleux, dile que estoy a sus órdenes.

Las dos jóvenes pasaron una tarde muy agradable conversando de todo. Rosalía, antes de retirarse, le dijo :

-¿Sabes que no podrás ocultar largo tiempo este escondite?

-Supongo que hasta el invierno.

-No -contestó Rosalía-. La caza en los pantanos empezará muy pronto, y entonces seguramente se usará este lugar.

-¡Dios mío! ¿Qué haré entonces?

El día, que había comenzado tan bien para Perrine, terminó con esa terrible amenaza. Aquella noche fue la peor que la niña había pasado en su isla. ¿A dónde iría?

Pero no podía dejarse vencer por la inquietud. Estaba segura de que saldría adelante de alguna manera. Al día siguiente se dirigió a la fábrica y procuró pensar solamente en lo que estaba haciendo.

Comenzaba el trabajo de la tarde cuando el jefe la llamó y le dijo:

-Debes ir a la oficina ahora mismo. Te necesitan allá.

Talouel, que la vio llegar, le gritó desde lo alto de la escalinata:

-¿Eres tú la que hablas inglés? Contéstame sin mentir.

-Mi madre era inglesa y mi padre francés.

-Entonces hablas las dos lenguas. Muy bien. Vas a ir donde el señor Vulfrán que te necesita. Te llevarán en coche.

Guillermo, el cochero, le contó que habían llegado unos mecánicos ingleses para montar una máquina y que nadie se entendía bien con ellos. El señor Mombleux habló entonces de una joven llamada Aurelia y el señor Vulfrán lo había enviado a buscarla.

-Debo decirte -agregó -que si no hablas bien el inglés mejor sería que parara el coche y tú te bajaras.

-Puede continuar -dijo Perrine con firmeza.

Pero a pesar de su firmeza, tenía temor. Pensaba que quizás le sería difícil traducir las palabras técnicas. O que tal vez pudiera vacilar o comprender mal. Entonces el señor Vulfrán podría enojarse.

Cuando llegaron hasta los talleres, que se hallaban en el vecino pueblo de Saint-Pipoy, Guillermo condujo a Perrine hasta las oficinas.

-Aquí está la joven -dijo al señor Vulfrán.

-Acércate, niña -dijo el caballero a Perrine- ¿Cómo te llamas?

-Aurelia.

-¿Quiénes son tus padres?

-Han muerto.

-¿Cuánto tiempo hace que trabajas en mi fábrica?

-Tres semanas.

-¿Hablas inglés?

-Sí, señor. Mi madre era inglesa. Hablo el inglés y lo comprendo, pero no sé si voy a entender bien las palabras técnicas.

-Ya ve usted, Benoits, que lo que dice esta niña no carece de fundamento -dijo el señor Vulfrán dirigiéndose al director-. Pero tal vez consigamos que nos sirva de algo.

El señor Vulfran se levantó y dijo a Perrine que los siguiera. Apoyado en su bastón y en el brazo del director salieron de la oficina e ingresaron a un edificio nuevo. En una gran sala había enormes cajas de madera con rótulos ingleses. Los mecánicos, que esperaban sentados en ellas, se levantaron al entrar el señor Vulfrán. Este se volvió hacia Perrine:

-Diles que hablas inglés y que pueden explicarse contigo.

Desde el primer momento, Perrine tuvo la satisfacción de ver que la comprendían y que ella también entendía lo que ellos solicitaban. Actuó entonces como intérprete, transmitió las dudas de los ingleses, y se pudieron aclarar los problemas que éstos tenían.

-Diles ahora que pueden ponerse a trabajar -dijo el señor Vulfrán-. Que se les proporcionará todo lo que necesiten, que no tienen más que pedírtelo a ti, que estarás a su disposición para transmitir sus demandas al señor Benoits.

Perrine tradujo estas instrucciones a los mecánicos, que parecieron satisfechos cuando les dijo que ella sería su intérprete.

-Así, pues -continuó el señor Vulfrán-, vas a quedarte aquí; se te dará un vale para que comas y te alojes en la posada, y si quedamos contentos de ti, recibirás una gratificación cuando el señor Fabry regrese.

16

PREGUNTAS Y MÁS PREGUNTAS

Sin duda el oficio de intérprete era mejor que empujar, cargar y descargar vagonetas. Continuó desempeñando su nuevo trabajo sin problemas. Sólo Casimiro, el sobrino del señor Vulfrán, se expresó con ironía en cuanto a sus aptitudes.

-Si tú hubieras sido capaz de ejercer estas funciones -le respondió su tío-, no habría tenido necesidad de recurrir a esa niña.

Esa misma tarde, el señor Vulfrán mandó llamar a Perrine para que le tradujera unos diarios. Le interesaban las noticias comerciales de la India.

-Mira si hay noticias de Calcuta -le dijo.

-Sí, aquí están. Dice: "De nuestro corresponsal en Calcuta".

-Eso es; lee.

Perrine leyó:

- "Las noticias que recibimos de Dakka..."

Al pronunciar ese nombre lo hizo con acento tan tembloroso, que llamó la atención del señor Vulfrán.

- ¿Por qué tiemblos? -preguntó.

- No sé si he temblado; sin duda es que temo equivocarme y no hacerlo bien.

- No debes preocuparte ni apresurarte, pues lo haces mucho mejor de lo que yo esperaba.

Perrine tradujo todo lo que el señor Vulfrán necesitaba conocer.

- Muy bien -le dijo éste-, estoy muy contento de ti. Veo que podrás ayudarme hasta que se restablezca Bendit.

Al día siguiente, cuando Perrine se encontraba junto a los mecánicos traduciendo las órdenes que se les daban, llegó el señor Vulfrán y se sentó a conversar con el director de la sección. Hablaron a media voz, pero no tan bajo como para que la niña no alcanzara a oír algunos de sus comentarios.

- Esa niña es muy inteligente. Creo que sería un excelente ingeniero. ¿Se sabe qué eran sus padres?

- Tal vez lo sepa Talouel; yo lo ignoro -contestó Benoits-. Lo cierto es que parece estar sumida en una miseria lastimosa. Su traje está totalmente raído y su calzado parece hecho por ella misma.

- ¿Cómo es su aspecto? ¿Su fisonomía?

- Es muy bonita. Su mirada es penetrante, pero hay mucha dulzura en sus ojos, aunque tiene cierta expresión de desconfianza.

- Su acento me llama la atención -continuó el señor Vulfrán-. No cabe duda de que no es de aquí. Me ha dicho que su madre era inglesa.

Aunque no pudo oír todo el diálogo, Perrine se dio cuenta de que hablaban de ella, lo que la agitó mucho. Se es-

forzó por no escuchar y atender solamente a lo que hablaban los mecánicos.

El señor Vulfrán la llamó a su lado y, así como en la víspera, le pidió que le tradujese ciertas informaciones. Después hizo que lo condujera a través de los patios de la fábrica y mientras tanto la interrogó.

-Me dijiste que tu madre había muerto. ¿Cuánto tiempo hace?

-Cinco semanas, señor. Murió en París.

-¿Y tu padre? -El murió hace ya seis meses.

El señor Vulfrán caminaba cogido de la mano de Perrine. Se pudo dar cuenta entonces de que estos recuerdos emocionaban a la niña, pues la sentía temblar. Sin embargo continuó haciéndole preguntas.

-¿Qué hacían tus padres?

-Teníamos un coche y mi padre sacaba fotografías. Viajábamos de un país a otro.

-¿Y te marchaste de París cuando tu mamá murió? ¿Por qué?

-Porque mamá me hizo prometerle que me iría al norte en busca de la familia de mi padre.

-Pues entonces, ¿por qué has venido aquí?

-Cuando mi mamá estaba enferma tuvimos que vender el carro, el asno y todo lo poco que teníamos. El dinero se gastó en la enfermedad. No podía tomar un ferrocarril así es que resolví hacer el viaje a pie.

El señor Vulfrán y Perrine se habían sentado bajo un árbol. Allí la niña había continuado su narración, pues veía que el anciano estaba interesado. Le contó todas sus penurias hasta que Palikaro la había encontrado. Después le habló de su encuentro con Rosalía.

-Fue entonces cuando decidí presentarme en la fábrica y me dieron trabajo en las vagonetas.

-¿Y cuándo vas a continuar tu viaje?

Perrine no esperaba esta pregunta, que la dejó perpleja.

-Es que no me propongo prolongar el viaje.

-¿Y tus parientes?

-No los conozco; ignoro si están dispuestos a recibirme, si querrán acogirme. Aquí he encontrado trabajo. Tengo miedo de correr nuevas aventuras.

-Si esos parientes jamás se han ocupado de ti, tu prudencia puede ser oportuna. Pero ¿por qué no escribes para saber de ellos? Si no pueden recibirte, permanecerás aquí donde tienes la vida asegurada. Pero si te acogen con los brazos abiertos, tendrías los cuidados, el cariño y el apoyo que te faltarán aquí. La vida es muy difícil para una niña de tu edad que está sola en el mundo... y muy triste también.

-Sí, señor, muy triste, lo sé. Le aseguro a usted que si me abrieran los brazos sería feliz; pero si permanecen cerrados para mí como lo estuvieron para mi padre... Mi padre era muy bueno, no puedo creer que jamás haya hecho nada malo. Pero, en fin, me parece que sus padres no se habrían incomodado con él y contra él sin tener razones para ello.

-Sí, pero las quejas que podrían tener contra él no las tendrán contra ti: las faltas de los padres no recaen sobre los hijos.

-¡Si eso fuese verdad! -dijo Perrine conmovida.

-Ya ves como en el fondo del corazón deseas que ellos te acojan.

-Sí, pero nada temo tanto como que me rechacen.

-Yo creo que se considerarían dichosos teniéndote a ti en lugar del hijo perdido. Ni la vejez ni la infancia pueden estar solas.

-¿Y piensan así todos los ancianos?

-Si no lo piensan, lo sienten. Estoy seguro murmuró el señor Vulfrán.

Se levantó bruscamente, como si quisiera desechar ideas que le fueran dolorosas, y dijo en tono de mando:

-¡Vamos a la oficina!

17

PERSONA DE CONFIANZA

Cuando Fabry volvió de Escocia, a él le correspondió hacerse cargo de la dirección de los mecánicos ingleses. Perrine, por orden del señor Vulfrán, regresó a Maraucourt. Pero debía presentarse al día siguiente en sus oficinas. Alojó nuevamente en su isla, que estaba tal como la había dejado.

Temprano, en la mañana, al abrirse la puerta de la fábrica, la niña se hallaba ya a la entrada. Se dirigió hacia la oficina donde decidió esperar a que la llamaran. Allí la encontró Talouel que la interrogó sobre lo que había hecho en Saint-Pipoy.

-Recuerda que soy el director -le dijo-, y a quienes no me obedecen los pongo en la calle. Así es que habla. ¿Has traducido cartas para el señor Vulfrán?

-No, señor; solamente le traduje unos informes comerciales.

-Está bien. Pero recuerda, si no me dices la verdad, yo la averiguaré muy pronto. Ahora siéntate en ese banco y si el señor Vulfrán te necesita, te llamará.

Una hora después, Guillermo, el cochero, la fue a buscar para introducirla en un espacioso despacho, donde el

señor Vulfrán se hallaba sentado ante una mesa cubierta de legajos.

-Acércate, Aurelia, y escúchame. Después de conocer tu historia y la energía de que has dado prueba, además de lo bien que has desempeñado tus funciones de intérprete, he tomado una decisión. Desde que estoy ciego, necesito una persona de confianza a mi lado. Pensé que Guillermo podía ser esa persona, pero bebe demasiado y eso lo ha embrutecido. ¿Quieres quedarte junto a mí, ver y mirar por mí? Para comenzar, te daré noventa francos mensuales.

La excesiva alegría que sintió Perrine al escuchar esto, le impidió contestar en seguida.

-¿No dices nada?

-Estaba buscando las palabras, señor. No sé cómo agradecerle. Me siento demasiado conmovida...

-Tu voz me dice que estás conmovida -dijo el señor Vulfrán-, y me alegro mucho, porque quiere decir que harás cuanto puedas para complacerme. Y, ahora, otra cosa: -¿Has escrito a tus parientes?

-No todavía, señor. No tengo papel.

-Ocuparás, por el momento, la oficina del señor Bendit. Allí encontrarás lo que necesites. Escríbeles y explica a tus parientes la posición que ocupas en mi casa. Si pueden ofrecerte algo mejor te llamarán a su lado, y si no, te dejarán aquí.

-Pues me quedaré aquí, de seguro.

-Así lo pienso. Ahora quiero que vayas a comprar algo de ropa. Estarás aquí en la oficina y saldrás conmigo; no puedes usar tus ropas que seguramente están demasiado estropeadas.

-Sí, señor. Son harapos. Pero no ha sido por pereza...

-No es necesario que te disculpes. Pasa por la caja, donde he dado orden de que te entreguen un vale para que compres lo que necesitas.

Perrine creía estar soñando. Cuando entró en la tienda más importante del lugar, sintió una gran timidez. Pero al fin compró un vestido negro, pues estaba de luto, y la ropa interior necesaria.

Después se fue a ver a Rosalía, pues quería reservar una habitación en casa de la abuela Francisca. Ahora podía pagar un cuarto para ella sola.

Cuando a la mañana siguiente se presentó ante el señor Vulfrán, se sintió inquieta al ver su expresión disgustada y descontenta.

-¿Por qué me has mentido? -le preguntó con dureza-. ¿Por qué me dijiste que habías alojado en casa de Francisca, cuando sólo estuviste una noche allí? Eso me han dicho hoy día.

Perrine se tranquilizó. No tenía ningún inconveniente en contarle al señor Vulfrán dónde había vivido. Le habló de su isla y de cómo se había instalado allí.

-Rosalía se lo puede confirmar -agregó-. Un día la invité a comer conmigo. Pero ahora, que puedo pagar una habitación para mí, volveré a casa de la señora Francisca.

-Pero si no tenías nada, ¿cómo pudiste invitar a una amiga a comer?

-No sé si pueda hacerle perder el tiempo con historias de niñas.

-Desgraciadamente me sobra el tiempo. El tiempo es muy largo y vacío para mí... Cuéntamelo todo.

Perrine continuó hablando de todas sus experiencias, de cómo se había hecho sus alpargatas, de su comida, de los huevos que había encontrado, en fin, de todo lo que había sido su vida en su pequeña isla.

-¡Y tú has hecho todo eso! -exclamó el señor Vulfrán-. Eres una niña buena e inteligente. Ahora ve a tu despacho. Saldremos a las tres.

18

MAYORES RESPONSABILIDADES

Los días transcurrieron tranquilos para Perrine. Cuando no se encontraba junto al señor Vulfrán, leyéndole los diarios o traduciéndole algún documento, ocupaba la oficina del señor Bendit, que se hallaba cerca de los despachos de Edmundo y Casimiro, los sobrinos del dueño, y junto al de Talouel.

Acompañaba siempre al señor Vulfrán en sus visitas de inspección. Este caminaba apoyado en el hombro de la niña y, a través de ella, se informaba de todo: el color del cáñamo, el estado de los fardos, el avance de los trabajos que realizaban los mecánicos.

Un día, cuando concluía una de estas visitas, el señor Vulfrán y Perrine llegaron hasta el coche, pero Guillermo no se encontraba allí. Cuando por fin el cochero apareció, sus pasos eran vacilantes y casi no podía hablar.

-Te has embriagado nuevamente -dijo el señor Vulfrán con severidad-. ¿De dónde vienes?

Guillermo trató de responder. Como no pudo hacerlo se dirigió a desatar el caballo, lo que tampoco logró.

-Mejor será que yo le conduzca a Maraucourt- dijo uno de los empleados.

Guillermo quiso impedirlo gritando con insolencia.

-Cállate -exclamó el señor Vulfrán en un tono que no admitía réplicas-. ¡Estás despedido desde este momento!

-Señor... – trató de excusarse Guillermo. Sin escucharlo, el señor Vulfrán se volvió hacia Perrine.

-Tú lo sustituirás -le dijo-. Me has dicho que tus padres eran vendedores ambulantes y que tú guiabas a menudo, ¿no es verdad?

-Ciertamente, señor.

-Además -agregó el señor Vulfrán-, este caballo es manso como un cordero.

Subió al coche y Perrine se sentó a su lado, atenta a la nueva responsabilidad que tomaba. Cuando llegaron a Maraucourt, todos quedaron impresionados al ver pasar al señor Vulfrán con la niña como conductora. Talouel preguntó de inmediato qué había pasado con Guillermo. Perrine le informó de la conducta del cochero.

-Bien -dijo Talouel-, cuando vuelva, tendrá que vérselas conmigo.

A la hora de la cena, en casa de Francisca, Fabry y Mombleux preguntaron también a Perrine lo que había ocurrido y ésta les contestó lo mismo que había dicho a Talouel.

-Es un milagro que no haya volcado más de diez veces -dijo Fabry- Hace tiempo que debieron haberlo despedido.

-Alguien debe haberse sentido muy disgustado cuando no lo vio volver -comentó Mombleux.

-¡Bah! Ya se arreglará para sustituirle por otro que sepa espigar e informar tan bien como él.

Perrine era muy observadora. Se había dado cuenta de que Talouel siempre la presionaba para que ella le contara todo lo que decía el señor Vulfrán, y el trabajo que ella desempeñaba. Comprendió que se referían a él al hablar de espionaje.

Ambos ingenieros continuaron hablando.

-No sé qué placer puede encontrar en todas estas historias.

-Es un hombre ambicioso y envidioso. Empezó como obrero y ahora es el segundo jefe de una fábrica que está a la cabeza de las industrias de Francia. Lo único que ambiciona ahora es ocupar el primer lugar.

-¿Y si el desaparecido se presentase?

-Es lo que todo el mundo desea. Pero si no reaparece, sus razones tendrá. Quizás ha muerto.

-Pero ahora están los sobrinos que heredarían el puesto del desaparecido...

-Sí, pero todos podemos darnos cuenta del trabajo de zapa que realiza. Estoy seguro de que les haría la vida imposible hasta que, cansados, prefirieran retirarse.

En aquel momento entró Rosalía en la sala y la conversación se interrumpió. Perrine se retiró a su habitación y meditó sobre lo que acababa de escuchar. Sabía que Talouel ejercía su autoridad como un tirano, pero no se hubiera imaginado que pretendía reemplazar algún día al dueño de las fábricas. Eso era lo que se desprendía de la conversación de los ingenieros. Pero habían dicho más. La persona que sustituyera a Guillermo también podría convertirse en espía. Y ella era esa persona. Tendría que defenderse.

19

UNA CARTA

La primera ocupación del señor Vulfrán al llegar a sus oficinas era abrir su correspondencia. Desde que estaba ciego, sus sobrinos y Talouel leían las cartas en voz alta.

Las que procedían del extranjero, como Bendit estaba enfermo, eran enviadas a Fabry o a Mombleux para su traducción.

En la mañana siguiente a la conversación de Fabry y Mombleux, Teodoro, que abría las cartas extranjeras, anunció de pronto:

-Una carta de Dakka del 29 de mayo. Está en inglés.

-¿Quién firma?

-Parece algo así como Fildes.

-Dámela -dijo el señor Vulfrán.

Muy pronto terminó el trabajo. Todos se retiraron llevándose la correspondencia anotada.

-Dime qué carta es ésta -dijo entonces el señor Vulfrán a Perrine, en cuanto estuvo solo con ella.

La niña tomó la carta y pasó la vista por ella rápidamente. Si el anciano hubiera podido verla habría observado que palidecía y que sus manos temblaban.

-Es una carta en inglés, fechada en Dakka -dijo-. La firma el padre Fildes.

-¿Qué dice? Pero no traduzcas, dime sólo de qué se trata.

Transcurrieron algunos momentos antes de que Perrine contestase. Al fin dijo:

-El padre Fildes explica que el padre Leclerc, a quien usted había escrito, ha muerto. Pero que antes de su fallecimiento le encargó que le contestara a usted. Que no ha podido hacerlo antes por la dificultad de reunir los datos que usted pedía.

-¿Y qué datos son esos?

-Pero, señor, aún no he llegado a eso.

Aunque la niña contestó con mucha dulzura, el anciano comprendió que no obtendría nada acosándola.

-Tienes razón -dijo-. Debes comprender bien la carta antes de explicármela. Anda hasta el despacho de Bendit y tradúcela fielmente. No pierdas un minuto pues me urge conocer el contenido. Pero ten en cuenta que esa carta es privada y que nadie debe conocerla. Aunque te pregunten, si hay alguien que se atreva a hacerlo, no debes decir nada. Cuento con que serás digna de la confianza que deposito en ti.

Perrine leyó dos veces la carta y sólo entonces comenzó a escribir la traducción. Mientras estaba con toda su atención aplicada en su trabajo entró primero Teodoro y, luego, Talouel. Ambos, con diferentes disculpas, procuraron saber lo que decía el documento. La niña debió defenderse de ellos. Con suavidad trató de alejarlos, pero como ambos insistieron se vio obligada a decirles que el señor Vulfrán le había prohibido hablar de esa carta. Talouel incluso llegó a amenazarla.

-Recuerda -le dijo- que yo soy el segundo del señor Vulfrán. Si no eres inteligente, no podrás ocupar el puesto que se te ha concedido. Yo no podría apoyarte, como lo deseo, sino que mi deber sería hacer que te despidan. Piénsalo bien y contéstame esta noche.

Después de decir estas palabras, se alejó silenciosamente, mientras Perrine continuaba su trabajo.

La carta decía lo siguiente:

"Dakka, 29 de mayo.

"Respetado señor: Con pesar he de notificar a usted que hemos perdido al padre Leclerc. Antes de morir me pidió que respondiera su carta en la que le solicitaba importantes informes. No me ha sido fácil reunir esos datos, principalmente por el largo tiempo transcurrido desde que el padre Leclerc bendijo la unión de su hijo, el señor Edmundo

60

Paindavoine, con una joven dotada de las más apreciables cualidades: inteligencia, bondad, sensibilidad y hermosura. Era hija de una noble familia convertida a la religión católica. Por esta razón eran considerados como parias por la sociedad india, y sus amigos eran europeos. Por negocios y por amistad estaban muy unidos con una familia francesa: los Bercher. En casa de ellos se conocieron su hijo y la señorita María Doressany. Se enamoraron y el matrimonio se celebró en nuestra capilla, como consta en nuestros registros.

"Durante cuatro años los jóvenes vivieron en casa de los padres de María. Allí nació una niña. Todos quienes los recuerdan aseguran que eran muy felices.

"Pero vino entonces la ruina de la firma de los Doressany y los Bercher. Después de mucho tiempo de buenos negocios tuvieron cuantiosas pérdidas, de las cuales no pudieron reponerse. Los Bercher regresaron a Francia y el señor y la señora Doressany murieron con un intervalo de pocos meses. El señor Edmundo Paindavoine, acompañado de su esposa y su pequeña hija, emprendió un viaje de exploración por Dalhusia, como colector de plantas y curiosidades de toda especie para casas inglesas.

"No volvió a Dakka. Pero he sabido por uno de sus amigos que se escribía con él que su hijo vivió un tiempo en Dehra. Allí tenemos una misión y, si usted lo desea, puedo pedir a alguno de nuestros sacerdotes que continúe la investigación".

En cuanto terminó la traducción, Perrine se dirigió a la oficina del señor Vulfrán, que la esperaba impaciente. En cuanto Perrine terminó de leer la carta, el anciano exclamó:

-¡Frases, nada más que frases! ¡Ni un solo hecho, ni un nombre, ni una fecha!

Perrine pensó que no debía contestar nada y permaneció en silencio mientras el señor Vulfrán reflexionaba.

-Siéntate a la mesa y escribe lo que voy a dictarte -dijo al cabo de unos momentos.

Y dictó lo siguiente:

"Padre Fildes. Misión. Dakka. Agradezco carta. Ruégole diga por telegrama nombre del amigo que recibió noticias y última fecha de éstas. Telegrafiar también nombre del sacerdote de Dehra. Le escribiré directamente. Paindavoine".

-Escríbelo ahora en inglés -agregó el señor Vulfrán.

Cuando Perrine hubo concluido, el anciano le ordenó que fuera de inmediato al telégrafo y se preocupara de que la encargada lo copiara sin cometer ningún error.

Al atravesar la galería, la niña se encontró con Talouel que le preguntó a dónde iba.

- Al telégrafo, a poner un telegrama.

Perrine lo tenía en una mano, mientras en la otra llevaba el dinero. Talouel vio el papel y se lo arrebató con fuerza. Al comprobar que estaba en inglés se lo devolvió a la niña con un gesto de cólera.

-Recuerda que tenemos que hablar -dijo.

-Sí, señor.

Perrine no volvió a ver al señor Vulfrán hasta la tarde, hora en que la llamó para salir. Le pidió que volviera a conducir el coche.

-Puesto que ayer guiaste bien -dijo-, no hay razón para que no lo hagas igualmente hoy. Además, quiero hablar contigo.

Cuando salieron del pueblo, el señor Vulfrán preguntó:

-¿Te molestó alguien mientras traducías la carta? Me pareció que esta mañana la puerta de tu despacho se abrió dos veces.

Perrine pensó que debía responder con sinceridad. Además estaba muy inquieta por las amenazas de Talouel.

-Sí -respondió-. Los señores Teodoro y Talouel fueron a mi oficina.

-¿Qué querían?

Perrine refirió exactamente todo lo que había pasado. El señor Vulfrán permaneció largo tiempo silencioso y la niña pudo ver que su rostro revelaba una dolorosa preocupación.

-Ante todo -dijo al fin-, debo tranquilizarte. No te sucederá nada malo por lo que me has dicho, pues nadie lo sabrá. Cuando te pedí que no hablaras de esa carta, presentí que despertaría curiosidad y quizás no debía haberte expuesto. Por eso, en lo sucesivo, no sucederá así. Ocuparás, de ahora en adelante, un lugar en mi gabinete. Allí no se atreverán a preguntarte nada. Además, desde hoy vivirás en el castillo y comerás conmigo. Preveo que voy a sostener con la India una correspondencia que sólo tú deberás conocer y debo adoptar algunas precauciones. A mi lado estarás defendida.

La niña, que había hablado con temor, se tranquilizó; ahora era tal su alegría que no hallaba palabras para responder.

-El valor que has demostrado en tu lucha contra la miseria -continuó el señor Vulfrán-, me ha inspirado confianza en ti. Cuando una persona es valiente, también es honrada. Acabas de probarme que no me engaño y puedo fiarme de ti como si te conociera hace diez años. Habrás escuchado que todos me envidian por mi fortuna y creen que soy feliz. Pero ¿qué es la fortuna sin la salud? Todas las mañanas

pienso que siete mil obreros dependen de mí; que para ellos debo pensar y trabajar, y que si yo faltara sería un desastre, la miseria para todos. ¡Y estoy ciego!

Siguió una pausa. La amargura de las palabras del anciano hizo asomar lágrimas a los ojos de Perrine.

-Ya sabes -continuó el señor Vulfrán- que tengo un hijo. Por muchas razones, de las que no quiero hablar, nos separamos. Después, a pesar de mi oposición, contrajo matrimonio. Al cabo de tanto tiempo de ausencia, yo lo sigo amando como si aún fuera un niño. Pero mi hijo prefirió a una mujer y no ha querido ceder. No he vuelto a tener noticias tuyas. Después de mi enfermedad, he pensado que regresaría; pero no ha vuelto porque esa maldita mujer lo retiene... ¡Es una miserable!...

Perrine escuchaba en suspenso. Al oír esta palabra, interrumpió:

- Pero el padre en su carta dice que ella era una joven muy buena...

-¿Puede una carta desmentir los hechos? Por ella estamos separados y yo no sé dónde está mi hijo. Si él no llega para reemplazarme cuando yo sea incapaz de llevar esta carga, ¿quién ocupará este sitio? ¿A qué manos va a ir a parar esta fortuna? Hay personas que tienen interés en que mi hijo no vuelva y que imaginan que ha muerto. ¿Sería posible que Dios me castigue con tan espantosa desgracia? ¿Qué haría yo si mi Edmundo hubiese muerto?

La niña ya no miraba al anciano; ocultaba su rostro como si éste pudiese verlo.

-Quiero recuperar a mi hijo -continuó el señor Vulfrán-. Y quiero que me ayudes en esta tarea. Sé que tú me serás fiel y que guardarás mi secreto.

Perrine estaba trastornada y temblorosa. No encontraba las palabras para responder, porque estaba paralizada por la emoción, con la garganta oprimida y los labios secos.

Señor -dijo al fin-, estoy dispuesta a servirle con todo mi corazón.

20

EL RETRATO DE SU PADRE

Esa noche Perrine entró por primera vez en el castillo del señor Vulfrán. Sebastián, un anciano criado, esperaba en la puerta de la casa.

-Sebastián -dijo el señor Vulfrán-, llevarás a esta joven a la habitación de las mariposas, que será la suya, y cuidarás que se le dé todo lo que pueda necesitar. También le pondrás un puesto en la mesa frente al mío. Ahora envíame a Félix para que me lleve hasta mi escritorio.

Perrine no sabía si estaba soñando o despierta.

-Comeremos a las ocho -dijo el anciano-. Hasta entonces quedas libre.

Deslumbrada, Perrine siguió al anciano ayuda de cámara. Un vestíbulo monumental desde donde partía una gran escalera de mármol blanco recibió a la niña. Hermosas flores y plantas adornaban el majestuoso recinto.

Sebastián la condujo al segundo piso y abrió una puerta.

-Pase usted -dijo-. Voy a enviarle a la camarera.

Perrine se encontró en medio de una gran habitación, tapizada con una tela de color marfil. ¡Qué lindo era todo aquello! Aún no había vuelto de su asombro cuando apareció la camarera.

-Si la señorita lo tiene a bien -le dijo después de saludarla-, le enseñaré su habitación.

Abrió las puertas del armario y la llevó también al tocador. Luego le mostró un botón sobre el tapiz.

-Este es para llamarme. Estoy a su disposición.

Perrine se quedó sola. Necesitaba reponerse de tantas impresiones. ¡Cuántos acontecimientos y sorpresas en pocas horas! Ella, que había estado tan asustada por las amenazas de Talouel, cómo iba a imaginar que las cosas iban a resultar de esa manera!

Se sentía feliz y tenía ganas de reír. Pero mucho más hubiera reído si hubiese podido ver la cara de Talouel cuando el señor Vulfrán le dijo que había llevado a la niña a su casa.

-La he tomado a mi servicio. Hace tiempo que quería tener junto a mí a una persona inteligente, discreta y leal. Y como no quiero que esté expuesta a ciertos peligros, no se separará de mi lado. Trabajaré en mi gabinete, me acompañará durante el día, comerá en mi mesa y habitará en la quinta. Además, así mis comidas serán menos tristes pues ella me distraerá con su conversación.

Talouel, procurando conservar la calma y sin apartarse de su línea de conducta en el sentido de jamás oponerse a las ideas de su jefe, dijo:

-Supongo que esta joven le proporcionará todas las satisfacciones que usted espera de ella.

-Yo lo supongo también.

Entretanto Perrine, apoyada en la ventana de su habitación, reflexionaba contemplando el hermoso jardín. Le parecía escuchar las últimas palabras de su madre: "Te veo dichosa".

Cuando el reloj dio las ocho, un criado la condujo hasta el comedor, donde se encontraba ya el señor Vulfrán.

-Siéntate -le dijo.

En el mismo instante se comenzó a servir la comida; el criado puso ante ella un plato lleno de sopa. La niña estaba nerviosa, procuró no cometer ninguna torpeza pues comprendía que las curiosas miradas de los servidores estaban fijadas en ella. Cuando terminó la cena, el señor Vulfrán le dijo:

-Ahora quedas en libertad hasta mañana por la mañana. Puedes pasear por el jardín, leer en la biblioteca o llevarte un libro a tu cuarto.

Perrine estaba perpleja; no sabía si debía decir al señor Vulfrán que estaba a su disposición. Sebastián, el ayuda de cámara, le hizo señas para que le ofreciera leerle algo. Con un poco de temor, preguntó:

-¿No me necesita para nada, señor? ¿No quiere que le lea alguna cosa?

Sebastián aprobó con la cabeza el ofrecimiento de la niña.

-Si no estás cansada, me gustaría mucho -dijo el señor Vulfrán-. Vamos a la biblioteca.

Llegaron hasta una gran habitación algo sombría.

-¿Qué quieres leer? -preguntó el anciano- ¿Te gustaría un libro de viajes?

-Sí, señor.

El señor Vulfrán condujo a Perrine hasta uno de los armarios y le dijo que en la tabla más baja buscara un libro sobre la India. Cuando la niña se levantó con el volumen en la mano dirigió su mirada hacia un retrato colocado sobre la chimenea. Permaneció inmóvil.

-¿Qué tienes? -preguntó el señor Vulfrán extrañado.

-Miro el retrato que está sobre la chimenea.

-Es mi hijo a los veinte años; pero no puedes verle bien. Voy a dar más luz.

Perrine, que se había levantado para acercarse algunos pasos más, profirió un grito y dejó caer el libro que tenía en sus manos.

-¿Qué te pasa?

Perrine no podía contestar. Permaneció con los ojos fijos en aquella imagen que representaba un joven rubio, vistiendo un traje de caza. Parecía destacarse de la pared como una aparición. La niña tembló y un torrente de lágrimas corrió por sus mejillas, mientras continuaba abismada en su contemplación.

-¿Por qué lloras?

-Este retrato... -murmuró Perrine- ; es su hijo..., usted es su padre...

El señor Vulfrán permaneció un momento indeciso, sin comprender. Después dijo enternecido:

-Vamos, es que te has acordado de tu padre.

-Sí, señor..., sí, eso es.

-¡Pobre niña!

21

UNA VISITA

Grande fue la sorpresa de los sobrinos cuando, a la mañana siguiente, entraron en el gabinete de su tío y encontraron a Perrine instalada en su pequeño escritorio.

-Pero ¿quién es esa niña? -preguntaron más tarde a Talouel.

-Lo mismo les pregunto yo a ustedes; lo ignoro y creo que el señor Vulfrán tampoco lo sabe. El me ha dicho que, desde hace largo tiempo, deseaba tener a su lado una persona inteligente y leal, y que por eso ha tomado a Aurelia a

su servicio. Y no sólo trabaja en el gabinete sino que, también, aloja en la quinta.

-¿Cómo? -interrumpió Casimiro-, ¿no nos tiene a nosotros?

-Eso precisamente le hice ver yo. El me contestó: "¡Ah, mis sobrinos!". Y no dijo nada más. Yo no me atreví a preguntarle qué quería expresar con esas palabras. Por otra parte, es verdad que el señor Edmundo puede volver de un momento a otro. A juzgar por las pesquisas que el señor Vulfrán está practicando ansiosamente, pareciera que ha dado con una buena pista.

-¿Sabe usted algo? -preguntó Teodoro.

-Nada más que lo que veo. El señor Vulfrán ha tomado a esa niña solamente para traducirle las cartas y documentos que recibe desde la India. Es una lástima -agregó adoptando cierto aire bonachón- que usted, señor Casimiro, y usted, señor Teodoro, no sepan inglés. Así podrían estar al corriente de lo que sucede y se librarían de esa niña que está ocupando un lugar que no le corresponde...

En ese momento, Talouel vio llegar al ordenanza del telégrafo. Se adelantó hacia él, tomó el telegrama y se lo llevó apresuradamente al señor Vulfrán.

-¿Quiere usted que lo abra? -le preguntó.

-Sí.

-¡Está en inglés! -exclamó.

-Entonces es cosa de Aurelia -repuso el anciano haciendo un ademán con el que indicaba a Talouel que se retirara.

Apenas estuvo cerrada la puerta, Perrine tradujo el telegrama, que decía así:

"El amigo Leserre, negociante francés, últimas noticias cinco años; Dehra, padre Mackerness, le escribo según su deseo".

-¡Cinco años! -exclamó el señor Vulfrán-. ¿Qué ha pasado durante ese tiempo? ¿Cómo seguir ahora una pista?

Más no era hombre para perder tiempo en quejas inútiles. Reaccionó de inmediato.

-Hay que sacar el mejor partido posible de lo que tenemos -dijo-. Ahora mismo vas a escribir un telegrama en francés para ese señor Leserre y otro en inglés para el padre Mackerness.

Perrine escribió sin dificultad el telegrama que debía traducir al inglés; pero en cuanto al que era preciso poner en francés, se detuvo en la primera línea y pidió permiso para ir a buscar un diccionario.

-¿No estás segura de tu ortografía? -preguntó el señor Vulfrán.

-No, señor; escribo con muchas faltas. Para mí es mucho más fácil el inglés y prefiero confesarlo con franqueza.

-¿No has ido nunca a la escuela?

-Jamás. Únicamente sé lo que me enseñaron mis padres al azar, en los caminos, cuando había tiempo para sentarse o descansábamos en algún país.

-Ya veremos cómo remediamos esa falta. Por lo pronto, ocupémonos de lo que se ha de hacer.

Hasta la tarde, cuando iban en coche a visitar las fábricas, no volvió el señor Vulfrán a tocar la cuestión de la ortografía.

-¿Has escrito a tus parientes? -preguntó.

-No, señor.

-¿Por qué?

-Porque deseo permanecer aquí con usted, que me trata con tanta bondad, y donde soy feliz.

-Siendo así, si estás contenta, quizás es mejor que no escribas, al menos por ahora. Más adelante veremos. Pero

quisiera que te instruyas para que puedas convertirte en mi secretaria. ¿Te gustaría?

-Quiero ayudarle en todo lo que me pida, y le aseguro que no temo estudiar.

-Si es así, la profesora de la escuela, que es una bellísima persona, podrá darte clases de seis a ocho todos los días. Vamos ahora a hablar con ella. Estoy seguro de que te agrada pues es una mujer de instrucción superior.

Por supuesto que la señorita Belhomme no podía negar nada al muy poderoso señor de Maraucourt; además, la enseñanza era una pasión para ella, y por otra parte, le agradó aquella niña de mirada inteligente.

A los dos días de lecciones, el señor Vulfrán preguntó a la profesora qué pensaba de su alumna.

-¡Habría sido una verdadera pena no dar instrucción a esta niña! -exclamó con entusiasmo la señorita Belhomme-. Es inteligentísima. Para conocerla -agregó- le pedí que escribiera una narración sobre Maraucourt. En menos de una hora, escribiendo de corrido, sin buscar palabras, ha llenado cuatro grandes páginas verdaderamente extraordinarias. Escribió sobre los pantanos, la vegetación, las aves, los peces, las brumas de la mañana, el aire puro de la tarde... En fin, si yo no la hubiera visto escribir habría creído que era copia de un buen autor.

-¿Y la ortografía?

-No está bien, pero aprenderá pronto.

El señor Vulfrán se sintió satisfecho con esta apreciación y refirió a la señorita Belhomme parte de la historia de Perrine, su vida en la isla y cómo había conseguido confeccionarse sus alpargatas y procurarse su comida diaria. La profesora lo escuchaba con asombro e interés.

-Su voluntad y su valor fue lo que me llamó la atención en ella -continuó el señor Vulfrán-. Pídale que le cuente su

vida y verá cuánta energía ha necesitado esa niña para llegar hasta aquí.

-Ha recibido su recompensa, puesto que usted se interesa por ella.

-Sí -respondió el anciano—, y me inspira mucho afecto. Por eso quiero que estudie y que tenga una buena instrucción.

Además de poner la mayor atención en sus lecciones, Perrine conversaba con frecuencia con su profesora. Con delicadeza le preguntó detalles sobre la enfermedad del señor Vulfrán. Nunca Rosalía le había hablado más que vagamente acerca de su ceguera. En cambio, su maestra le contó que el señor Vulfrán se había visto afectado de catarata doble, pero esto no era incurable si se sometía a una operación. Sin embargo, la intervención médica no había sido posible ya que su salud general no lo permitía. El señor Vulfrán padecía una bronquitis, complicada con repetidas congestiones pulmonares y palpitaciones. Se sofocaba a menudo y su sueño era agitado. Para operarlo, era necesario combatir su bronquitis y lograr que se tranquilizara. Pero el anciano era imprudente y se resistía a seguir las instrucciones del médico, aunque, a decir verdad, no siempre le era fácil. ¿Cómo iba a permanecer tranquilo cuando la desaparición de su hijo le causaba una angustia continua? Sólo trabajando muchas horas podía distraerse algo de su pena.

Pero había un tema al que nunca se refería la señorita Belhomme. Jamás mencionaba a los sobrinos del señor Vulfrán y quizás nunca lo habría hecho si no hubiera sido por la llegada a Maraucourt de la señora Bretonneux, la madre de Casimiro.

La maestra se manifestó preocupada y dijo a Perrine:

-Hija mía, debo aconsejarle que sea discreta y reservada con la señora cuya visita se ha anunciado para mañana.

-Le ruego, señorita -dijo la niña sorprendida-, que me explique lo que debo hacer, pues no comprendo por qué me da usted ese consejo y me atemoriza.

-Usted sabe -le respondió la maestra- que la enfermedad del señor Vulfrán y la desaparición de su hijo son causa de inquietud para todos en esta región. A todos nos preocupa el destino que correrían las fábricas, donde trabajan siete mil obreros, si muriese el señor y Edmundo no regresara. Cuando llegó Teodoro, se pensó que él sería el sucesor. Pero el año pasado el señor Vulfrán hizo venir también a su sobrino Casimiro. Todos comprendieron entonces que la elección no se había hecho aún. No cabe duda que el señor Vulfrán espera a su hijo, a quien ama a pesar de las querellas que los separaron. Pero hay personas a quienes les convendría que Edmundo hubiese muerto, y lo creen así. Ellos se manejan de manera que puedan encontrarse dueños de la situación el día en que el padre reciba noticias del fallecimiento de su hijo, noticias que podrían matarle también. ¿Comprende bien, hija mía, el interés que tiene para usted, que vive junto al señor Vulfrán, mostrarse discreta y reservada con la madre de Casimiro? Si usted se lleva demasiado bien con ella, se indispondrá con la madre de Teodoro. Lo mismo le sucedería si se entendiera con esta última. Tendría como adversaria a la señora Breto-neux. Si se gana la amistad de ambas es muy posible que le sea hostil a aquel otro interesado en suceder a su jefe. Por eso, hable lo menos que pueda, no diga más que cosas insignificantes. Cuanto menos inteligente parezca será mejor.

INTENTO DE SOBORNO

La señora Bretoneux, hermana del señor Vulfrán, y la madre de Teodoro, su cuñada, habían vivido devoradas por la envidia que les producía la fortuna del dueño de las fábricas. Mientras éste y su hijo vivían en armonía, las dos mujeres habían debido contentarse con pedirle cuantiosos préstamos que jamás devolvieron. Pero cuando Edmundo se fue a la India y luego se casó, a pesar de la prohibición de su padre, cada una de ellas comenzó a prepararse por su parte para que su hijo pudiese, en un momento dado, ocupar el lugar del ausente. De esta manera se habían convertido en rivales y era notorio que se aborrecían. Ambas procuraban, además, convencer al señor Vulfrán de que sólo su hijo podría ayudarlo. Mientras una le decía que Teodoro era el único capaz de secundarlo, la otra le aseguraba que Casimiro sería un verdadero hijo para él.

Todo esto, que demostraba la ambición de sus sentimientos, disgustaba sobremanera al señor Vulfrán y el resultado que con tanto empeño perseguía cada una de las madres era absolutamente contrario al que buscaban. El tío se sentía cada vez más alejado de sus sobrinos y jamás podría considerarlos sus hijos. Ni siquiera había permitido que alojaran en su quinta y compartieran su mesa.

Por eso la sorpresa de ambos jóvenes fue tan viva, como violenta su indignación, cuando supieron que una extraña, una muchacha desconocida, casi una gitana, se había instalado en aquella casa donde ellos no entraban sino como convidados.

¿Quién era aquella niña?

Esto era lo que la señora Bretonneux había preguntado a su hijo en cuanto llegó a Maraucourt. Pero las contestaciones no le parecieron satisfactorias y decidió investigar personalmente el caso.

Se sentía bastante inquieta, pero se tranquilizó cuando conoció a Perrine. La niña desempeñaba muy bien el papel que le había aconsejado su maestra.

Si el señor Vulfrán no quería que sus sobrinos viviesen con él, no por eso dejaba de ser hospitalario con sus hermanos y cuñados cuando éstos iban a verlo a Maraucourt. En tales ocasiones, como ese día para recibir a la señora Bretonneux, la quinta se animaba al igual que si se celebrara una fiesta. Disponía las mejores habitaciones para la visita, pero la vida de trabajo continuaba igual para él. El anciano veía a su hermana sólo a las horas de comer y, en honor a ella, invitaba también a sus sobrinos.

Del mismo modo, Perrine continuó con sus obligaciones y, durante toda su permanencia, la señora Bretonneux no pudo conversar largamente con ella para hacer las indagaciones que se había propuesto.

La víspera de su partida decidió ir a buscarla a su cuarto en la noche. Perrine dormía tranquilamente cuando unos ligeros golpes en su puerta la despertaron.

-¿Quién es? -preguntó.

-Abre, soy yo, la señora Bretonneux.

La niña encendió la luz y abrió la puerta.

-Acuéstate -dijo la señora Bretonneux, sentándose a los pies de la cama-; así estaremos mejor para hablar. Quiero hacerte algunas recomendaciones acerca de mi hermano -continuó-. Tú pareces inteligente. Has reemplazado a Guillermo y, si quieres, seguramente podrás prestarnos los mismos servicios que nos prestaba él. Yo te prometo que sabremos recompensarte.

Perrine dominó su desconfianza y contestó con el acento más inocente que pudo:

-Puede estar segura de que yo no deseo más que prestarle los mismos servicios que Guillermo. Disponga, señora, lo que tengo que hacer.

-Lo primero es que veles por la salud de mi hermano. Cualquier resfrío, que agrave su bronquitis, puede serle mortal. Y ¿sabes tú que si esa bronquitis desaparece, podría ser operado y recuperar la vista? Figúrate qué alegría tendríamos todos.

-Yo también me alegraría mucho.

-Tus palabras prueban tus buenos sentimientos. Pero por mucho que agradezcas lo que se hace por ti, no olvides que no perteneces a la familia.

-Tiene razón, señora -repuso Perrine adoptando una expresión estúpida-, pero eso no impide que yo quiera al señor Vulfrán.

-Podrás demostrarlo, sin duda. Además de cuidar a mi hermano, debes tratar de evitarle emociones bruscas que podrían matarlo. Por ejemplo, he sabido que está haciendo pesquisas en la India para obtener noticias de su hijo, nuestro querido Edmundo. También me han dicho que tú traduces todos los documentos y cartas. Quiero pedirte que si, por desgracia, se recibiera una mala noticia, sea mi hijo el primero que la conozca. El me telegrafiaría y yo acudiría de inmediato a consolar y animar a mi pobre hermano. ¿Comprendes?

-Sí, señora.

-¿Puedo contar entonces contigo?

Perrine vaciló; pero no podía dejar de responder.

-Haré cuanto esté de mi parte en favor del señor Vulfrán -dijo al fin.

-Lo que hagas por él, lo harás por nosotros; así como lo que hagas por nosotros, también será en favor suyo. Y no seremos ingratos contigo... ¿Te gustaría que te regalara un vestido?

-Estoy de luto, señora.

-Aunque estés de luto, no puedes vestir así para sentarte a la mesa de mi hermano. Es preciso que no tengamos que sonrojarnos por ti, como nos pasa ahora.

Al oír estas palabras, Perrine se entristeció. Sabía que no vestía bien, pero la forma y el tono en que se lo decían era humillante. La señora Bretoneux continuó sin preocuparse:

-Estás hecha un adefesio con esa ropa. Tu blusa es ridícula. Pero todo esto es fácil de remediar. Yo me encargaré de que tengas ropa elegante y bonita. Tu ropa interior, estoy segura, estará también en mal estado...

Con un ademán de autoridad, abrió los cajones; con expresión desdeñosa, volvió a cerrarlos.

-Hablaré con mi hermano para recomendarle una buena modista; yo la guiaré para que te confeccione todos los trajes que necesitas. Tendrás un ajuar completo y así, a cada instante, podrás pensar en quién te lo proporcionó. Ahora, duérmete, y no olvides nada de cuanto te he dicho.

Perrine había asegurado a la señora Bretonneux que haría todo cuanto pudiera por el señor Vulfrán. Pero esto no significaba de ningún modo lo mismo que la ambiciosa mujer había creído comprender. La niña tuvo buen cuidado de no decir ni una sola palabra a Casimiro acerca de las noticias que llegaban desde la India, a pesar de que el joven a menudo trataba de acercarse a ella. Tampoco hubiera podido decirle nada pues las comunicaciones que se recibían eran vagas y contradictorias.

Pero respecto a los cuidados que la señora Bretonneux le había recomendado que tuviese con el señor Vulfrán, la niña obedeció. Se preocupó de que en los días fríos el anciano estuviese convenientemente abrigado, de evitarle las corrientes de aire, de cerrar las ventanas cuando la noche era demasiado fresca. Tanta atención ponía Perrine en velar por la salud del señor Vulfrán, que éste un día le dijo:

-Eres una buena niña. Aunque mi hijo vuelva, no te separarás de nosotros. El es un hombre de gran corazón y sabrá reconocer lo que has sido para mí.

Cada vez que el anciano hablaba así de su hijo, Perrine sentía la tentación de preguntarle por qué había sido tan severo con él. Pero siempre la emoción le impedía hacerlo. Esa noche, después de las palabras del señor Vulfrán, se animó.

-¿Quiere permitirme que le pregunte algo que no comprendo? -dijo con acento tembloroso.

-Habla.

-Lo que no comprendo es cómo, amando tanto a su hijo, haya podido separarse de él.

-Es que a tu edad es difícil comprender. Mi deber de padre me obligaba a imponer a mi hijo un castigo que le sirviera de lección. El era culpable de algunas faltas que podían llevarle por mal camino. Por eso lo envié a la India con

la intención de que permaneciera allí por un tiempo, como representante de mi firma. Pero yo no podía prever que se enamoraría de esa miserable criatura y se casaría con ella.

-Pero el padre Fildes dice que la joven no era una miserable...

-Sí, lo era. Separó a un hijo de su padre. Yo no podía llamar a Edmundo mientras él no se apartase de esa mujer. Habría sido abdicar de mi voluntad de padre. Si ahora lo busco -continuó con entereza-, es porque las cosas han cambiado y mi hijo ya debe estar cansado de esa mujer y de la mísera vida que le ha hecho pasar. Estoy ciego y enfermo. Cuando Edmundo lo sepa, ¿crees tú que vacilaría en acudir a mi lado? Verás que pronto vuelve arrepentido y presuroso.

-Entonces debería abandonar a su esposa y a su hija...

-Sí -replicó el señor Vulfrán-. Todo lo que tú has dicho es inútil. Además este asunto es muy doloroso para mí. No quiero hablar más de ello y tú no debes exasperarme.

MALAS NOTICIAS

Durante los tres últimos años, el señor Vulfrán insertaba un anuncio en los principales diarios de algunas ciudades de la India y en los de Londres a fin tener de noticias sobre la vida de su hijo. Prometía una fuerte suma de dinero co-

mo recompensa a quien pudiera dar algún informe fidedigno sobre Edmundo Paindavoine. No quería descuidar ningún detalle, por improbable que pareciese.

Su banquero de Amiens era el que recibía la correspondencia relacionada con este asunto, y la trasmitía en el acto a Maraucourt. Había dado esas instrucciones con el objeto de no exponerse a la mala fe de algunas personas. Pero a pesar de que las cartas eran numerosas, ninguna contenía informaciones de importancia. Sin embargo, el señor Vulfrán no se desanimaba, y seguía repitiendo el anuncio en los periódicos.

Cierto día, por fin, una carta fechada en Sarajevo trajo un ofrecimiento que parecía importante. Decía que si se depositaba la suma prometida en *The Times* en un banco de esa ciudad, se entregarían noticias auténticas del señor Edmundo Paindavoine, que se remontaban a noviembre del año anterior.

El señor Vulfrán se sintió tan animado y alegre que, por primera vez, habló de sus esperanzas a Talouel y a sus sobrinos. La noticia se propagó con rapidez y todos pudieron ver la preocupación en los rostros de Casimiro y Teodoro. Talouel, por su parte, trató de manifestar una alegría que estaba lejos de sentir.

-Ya no es más que cuestión de tiempo -le decía el señor Vulfrán a Perrine-. Sarajevo no es la India y es seguro que ya se habrá separado de su mujer y su hija.

Como Perrine no decía nada, el señor Vulfrán le preguntó lo que pensaba.

-Es que no me atrevo. ¡No me ha prohibido hablarle de lo que se refiere a la mujer y a la hija...?

-No me enojaré si me dices qué razones tienes para suponer que ellas puedan haber ido a Sarajevo junto a mi hijo.

-Todas las cartas que se han recibido desde diversas ciudades de la India dicen que ellas viajaban con él. No veo la razón por la cual ya no estuvieran juntos en Sarajevo...

Un golpe en la puerta interrumpió la conversación.

-¡Adelante! -exclamó el señor Vulfrán. Era el banquero de Amiens en persona que traía una comunicación.

-Buenos días, señor Vulfrán -dijo.

-¡Cómo! ¿Usted en Maraucourt?

-Sí. Tenía algunos asuntos que ver y he querido llegar hasta aquí para traerle noticias de Sarajevo.

-¿Qué hay de nuevo? -preguntó el señor Vulfrán, mientras Perrine se quedaba como petrificada.

-Las noticias no son las que usted debía esperar.

-¿Han querido estafarnos?

-No. Desgraciadamente los informes son auténticos.

Se hizo un silencio profundo. En el rostro del anciano se podían ver la sorpresa y la inquietud.

-Tenemos documentos oficiales -continuó el banquero-. Están visados por el cónsul de Francia en Sarajevo.

-Pero hable usted...

-En noviembre, el señor Edmundo llegó a Sarajevo como fotógrafo, en un coche ambulante, en el cual viajaba acompañado de su mujer y de su hija. A principios de noviembre salió de esa ciudad en dirección a Travnik... pero llegó enfermo hasta un pueblo situado entre las dos ciudades...

-¡Dios mío! -exclamó el señor Vulfrán-. ¡Dios mío!

-Usted es un hombre de valor... -dijo el banquero.

-No hay valor contra la muerte. Mi hijo...

-Pues bien, sí, es preciso que sepa la espantosa verdad: el 7 de noviembre... el señor Edmundo... murió en Busovatcha a consecuencias de una congestión pulmonar.

-¡Es imposible!

-Yo también lo pensé, pero todos los datos son exactos y la partida de defunción está visada por el cónsul. Además le he teleografiado para tener otra confirmación y me ha respondido que los documentos son exactos.

El señor Vulfrán parecía no escuchar: hundido en su sillón, abatido, con la cabeza inclinada hacia adelante, no daba señales de vida. Perrine estaba trastornada. Le parecía que el anciano estaba muerto. Sin embargo, de improviso levantó la cabeza, dejando ver su rostro bañado en lágrimas. Alargó la mano y oprimió un timbre. La llamada fue tan violenta que Talouel, Casimiro y Teodoro acudieron en el acto.

-Acabo de saber la muerte de mi hijo -dijo el anciano-. Ordenen que se suspenda el trabajo en las fábricas. Mañana se celebrarán los funerales.

-¡Tío! -exclamaron los dos sobrinos a la vez.

-Necesito estar solo -dijo el señor Vulfrán-. Déjenme.

Todos salieron, quedándose sólo Perrine.

-¿Estás ahí, Aurelia? -preguntó el anciano.

Perrine contestó con un sollozo.

-Volvamos a la quinta.

Según su costumbre, había apoyado la mano en el hombro de la niña, y así caminaron por el pueblo donde ya se había corrido la noticia. Al verlo caminar tan inclinado y agobiado. Todos se preguntaban si sobreviviría a su desgracia.

Cuando llegó a su casa le dijo a Perrine que lo dejara solo.

-Explica a todos por qué quiero estar solo; que no entre nadie, y que nadie me hable.

DUELO

Durante la noche hubo bastante ruido y movimiento en la quinta. Los padres de Teodoro y de Casimiro, y muchos otros parientes del señor Vulfrán, acudieron para asistir a las pompas fúnebres. Además, las dos familias debían tomar posiciones y vigilarse mutuamente. Ahora que la plaza estaba desocupada y para siempre, ¿quién se apoderaría de ella?

A la mañana siguiente, el señor Vulfrán, acompañado de sus hermanos, cuñados y sobrinos, se dirigió en coche a la iglesia. Perrine, al ver que no la necesitaba, emprendió la marcha presurosamente para asistir también al oficio fúnebre. Se sentía inmensamente apesadumbrada. Entró en el templo y se sentó junto a Rosalía y a la abuela Francisca, que lloraba amargamente.

-¡Mi pobre Edmundo! -murmuraba la anciana nodriza-. ¡Qué desgracia!

Cuando la ceremonia concluyó, Perrine volvió a la quinta. Allí Sebastián le informó que su amo se había encerrado en su escritorio y que no quería ver a nadie.

-Ni siquiera almorzará con la familia -añadió-, a pesar de que todos se irán hoy mismo. El señor está muy abatido. ¡Qué será de nosotros, Dios mío! Será preciso que usted nos ayude.

-¿Qué puedo hacer yo?

-Mucho, porque el señor tiene confianza en usted y la quiere de verdad.

-¿Me quiere?

-Sí. Y sé muy bien lo que digo.

Perrine se dirigió a su habitación, donde permaneció toda la tarde. La familia se retiró inmediatamente después del

almuerzo, sin despedirse del señor Vulfrán, quien no se movió de su gabinete. Un poco antes de la hora de acostarse, Sebastián se presentó en la habitación de Perrine para decirle que su amo deseaba que estuviese dispuesta para acompañarlo a la mañana siguiente, a la hora de costumbre.

-Quiere volver a su trabajo -agregó Sebastián-. Ojalá pueda hacerlo pues sería lo mejor para él.

Al día siguiente, a la hora fijada, Perrine esperaba como todas las mañanas al señor Vulfrán y muy pronto le vio aparecer. Iba encorvado, conducido por Sebastián, quien, silenciosamente y con expresión de tristeza, hizo una seña a la joven para indicarle que la noche había sido mala.

-¿Está Aurelia ahí? -preguntó con voz temblorosa.

Perrine se acercó con presteza.

-Aquí estoy, señor -dijo.

-Vamos al coche.

Perrine hubiera querido hablar, pero no se atrevió. Una vez en el coche, el señor Vulfrán inclinó la cabeza sobre el pecho y no pronunció una sola palabra.

Ese día y los siguientes transcurrieron llenos de tristeza. El señor Vulfrán continuaba asistiendo puntualmente a su trabajo pero casi no hablaba, no daba órdenes y se mostraba indeciso cuando había que tomar una resolución.

-Veremos más adelante -decía, retirándose de la sala.

En una oportunidad en que estaba en su oficina solo con Perrine, olvidando quizás la presencia de la niña, se llevó las manos al rostro y exclamó:

-¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué he hecho para que me abandones?

A estas tristes palabras siguió un silencio profundo, aterrador. Perrine se sintió trastornada por ese angustioso gri-

84

to, aunque no podía medir toda la profundidad de la desesperación de ese pobre padre.

El estado de aniquilamiento del señor Vulfrán se prolongó y su salud se debilitó. Una fuerte congestión pulmonar lo retuvo durante una semana en cama. Se repuso, pero moralmente estaba tan derrumbado que el doctor no podía dejar de sentirse inquieto.

-Se necesitaría una sacudida que lo sacara de su aniquilamiento moral -decía.

Pero ¿cómo provocar esa sacudida?

Una tarde en que volvían de la visita a las fábricas y se acercaban ya a Maraucourt, resonó el toque de un clarín.

-Para el coche -dijo el señor Vulfrán a Perrine- ; me parece que tocan a fuego. ¿Ves algo?

-Hacia la izquierda veo un torbellino de humo negro.

-Vamos hacia allá. Apresura el paso.

Al acercarse, los toques de llamada se percibieron más claramente. Cuando entraron al pueblo pudieron ver que no era la fábrica sino una de las casas.

-No se apresure, señor Vulfrán -gritó un campesino-; el fuego es en la casa de la Tiburcia.

La Tiburcia era una vieja borracha que se encargaba de guardar a los niños demasiado pequeños para ir a la escuela y habitaba una mísera casucha.

-Vamos allá -dijo el señor Vulfrán.

En cuanto se acercaron, el señor Vulfrán descendió del coche y guiado por Perrine caminó hacia la casa, cruzando entre los grupos de curiosos. Fabry, a la cabeza de los bomberos de la fábrica, dirigía las maniobras. Se acercó a ellos.

-Hemos dominado el fuego -dijo-; pero la casucha ha quedado reducida a cenizas. Lo más grave es que han perecido varios niños, cinco o seis tal vez. Uno está sepultado

bajo los escombros, dos han muerto asfixiados y de los otros tres no se sabe nada.

-¿Cómo se ha prendido el fuego?

-La Tiburcia se había dormido completamente borracha y los niños más grandes comenzaron a jugar con fósforos. Cuando vieron que todo ardía, escaparon. La Tiburcia despertó y también huyó olvidando a los niños que estaban en sus cunas.

En el patio se oían los llantos y lamentos de las madres que habían perdido a sus hijos. Eran obreras de la fábrica. Una de ellas advirtió la presencia del señor Vulfrán y gritó levantando la mano con un gesto amenazador:

-¡Venga a ver lo que hacen con nuestros hijos, mientras nosotras trabajamos para usted! Podrá devolverle la vida a mi hijo?

E inclinándose sobre su niño prorrumpió nuevamente en gritos y sollozos. El señor Vulfrán se detuvo indeciso. Luego resolvió retirarse a sus oficinas, donde, momentos después, le anunciaron que tres de los niños habían aparecido vivos en casa de una vecina y que los funerales de los otros tres se efectuarían al día siguiente.

-¿Asistirá usted al entierro? -preguntó Perrine.

-¿Por qué voy a ir?

-Porque sería su respuesta, la más digna que usted pudiera dar, a las acusaciones de esa pobre mujer.

-Muchos de los obreros no asistieron a los funerales de mi hijo.

-Es verdad que no todos lo acompañaron en su dolor, pero usted podría unirse al de ellos.

-Tú no sabes lo ingratos que son...

-¿Ingratos? ¿Por qué? Ellos reciben un salario por el trabajo que realizan. Yo pienso que también podría darles amistad y comprensión, compartiendo su pena... -dijo la ni-

ña tímidamente. Y agregó:- Además, si usted supiera cuán miserable era esa casucha donde las madres debían dejar a sus pequeños hijos para ir a trabajar a su fábrica...

El anciano se quedó profundamente pensativo ante las palabras de Perrine, y no contestó. La niña no se atrevió a insistir. Pero fue grande su sorpresa cuando el anciano decidió ir al entierro de los niños y, además, hacerse cargo de los gastos de sus funerales.

-Avisé a todos los que desean asistir a la iglesia -dijo a Talouel que lo escuchaba asombrado- que tienen libertad para hacerlo. Ese incendio es una gran desgracia.

-Nosotros no somos responsables –repuso Talouel.

-Directamente, no.

No fue ésta la única sorpresa de Perrine. Al día siguiente, después de revisar la correspondencia, el señor Vulfrán pidió a Fabry que no se retirara pues deseaba hablar con él.

-Quiero que vaya a Rouen -le dijo-. He sabido que se acaba de construir una sala cuna modelo. Estúdiela en todos sus detalles pues es preciso que, antes de tres meses, tengamos abierta una sala cuna a las puertas de todas mis fábricas. No puede volver a repetirse una desgracia como la de ayer. No debemos cargar con semejante responsabilidad.

Por la noche, durante su lección, Perrine comentaba la noticia con la señorita Belhomme cuando el señor Vulfrán se reunió con ellas. Deseaba pedir a la profesora que se hiciera cargo de la dirección de las cinco salas cunas que instalaría junto a sus fábricas. Después de un momento de vacilación, y a pesar de que para ella era un sacrificio dejar la enseñanza, aceptó la proposición.

-Me pongo a su disposición, señor -dijo sencillamente-. Estoy conmovida y agradecida por lo que usted ha hecho.

Será una gran tranquilidad para las obreras poder dejar a sus hijos en un lugar seguro. No sé cómo expresarle mi gratitud y admiración...

-No es a mí a quien hay que agradecer -interrumpió el señor Vulfrán-, sino a su discípula. Es ella quien me ha despertado y me ha hecho comprender que aún tengo mucho por hacer.

26

ENCUENTRO CON LA VERDAD

Trece meses habían transcurrido desde que un domingo, con un tiempo magnífico, llegó Perrine a Maraucourt, miserable y desesperada, sin saber qué sería de ella.

El tiempo era nuevamente espléndido, pero Perrine y el pueblo ya no eran los mismos. Había muchos cambios en Maraucourt. No sólo las salas cunas recibían a los niños sino que también se habían construido casas para que habitaran los obreros. Perrine había llevado al señor Vulfrán hasta la habitación de la casa de la abuela Francisca, donde ella había alojado al llegar. El anciano había podido apreciar el ambiente malsano y sofocante que allí se respiraba.

El señor Vulfrán también se había preocupado de levantar nuevos comedores y un parque de entretenimientos tanto para los niños como para sus padres. Una buena biblioteca con amplias salas de lectura había sido instalada junto a la escuela.

Todos estos adelantos causaron viva impresión en la comarca. Pero también provocaron fuertes críticas. En la familia, aquellas reformas provocaron una fuerte inquietud. Se había vuelto loco, comentaban ¡Trataba de arruinarse, es decir, de arruinarlos!

Evidentemente, su debilidad por aquella niña, que hacía de él lo que se le antojaba, era una prueba de locura. Y todas las enemistades se habían concentrado en aquella peligrosa jovencita. Se decía que a ella no le importaba que el dinero fuera tan locamente derrochado, puesto que no era suyo.

Felizmente para Perrine, no todos pensaban así. La señorita Belhomme, el ingeniero Fabry y el doctor Ruchón eran sus amigos. Especialmente el médico, que estaba admirado de la recuperación del señor Vulfrán.

-Esa pequeña -decía- ha hecho más que los medicamentos, y sin ella no sé realmente lo que hubiera sido del señor Vulfrán.

Fabry continuaba viajando para estudiar diversos proyectos: casas para obreros, clubes, y todo lo que le pareciera interesante para el progreso de la gente de Meraucourt.

Un día, el señor Vulfrán encomendó una misión reservada a Fabry que éste debía cumplir en París. Era tan reservada la misión que ni siquiera había sido comentada con Perrine.

Varios días después se recibió el siguiente telegrama:

Informes completísimos. Documentos oficiales. Llegaré mediodía. Farby.

Este telegrama despertó gran expectación en el señor Vulfrán. Eran ya las doce y media y Farby no llegaba. Terminado el almuerzo, Perrine siguió al señor Vulfrán a su gabinete. Allí, con incontrolable impaciencia el empresario

ciego se acercaba a cada instante a las ventanas abiertas que daban a los jardines, como si quisiera divisar la llegada de su emisario.

-Es extraño que Farby no llegue -exclamó el señor Vulfrán con voz alterada.

Por fin pudieron escuchar el ruido del rodar de un coche.

-¡Ya está aquí Farby! -dijo el señor Vulfrán con ansiedad.

En efecto, era Farby, que entró rápidamente en el gabinete. También él parecía muy excitado. Perrine se sintió perturbada, sin saber por qué, cuando Farby le dirigió la mirada.

-¿Recibió mi telegrama, señor?

-Sí, y aunque demasiado lacónico, me ha llenado de esperanzas; pero yo necesito certidumbre.

-Pues son tan completas como usted pudiera desear.

-Hable usted, y pronto.

-¿Puedo hacerlo delante de la señorita?

-Sí, con tal que sea lo que usted dice.

-Según lo había previsto el agente a quien encargó hacer las averiguaciones -dijo Fabry hablando sin mirar a Perrine-, la persona cuyas huellas había perdido varias veces había ido a París; allí, revisando las partidas de defunción, se encontró en el mes de junio del año último una con el nombre de María Doressany, viuda de Edmundo Vulfrán Painsavoine. He aquí una copia de dicha partida.

Y Fabry puso el documento entre las manos temblorosas del señor Vulfrán.

-¿Ha comprobado los nombres?

-Sí, señor.

-Pues entonces, no lo lea; ya lo veremos después. Continúe.

-Ateniéndome a este documento -prosiguió Fabry-, he querido interrogar al dueño de la casa donde esa señora murió, se llama Grano de Sal; y he visto a los que asistieron a la muerte de aquella infeliz mujer: una cantante callejera, a quien llaman la Marquesa, y un zapatero remendón conocido con el nombre de tío Carpa. La pobre señora sucumbió por efecto de la fatiga, la debilidad y la miseria. He ido a ver al médico que la asistió, el doctor Cendrier, y me dijo que había querido enviarla al hospital, pero que se negó rotundamente a separarse de su hija. Por último, para completar mis averiguaciones, fui a la casa de una comerciante, la señora Rouquerie, a quien no encontré hasta ayer, en el momento en que volvía del campo.

Fabry hizo una pausa y, por primera vez, se volvió hacia Perrine y le dijo:

-He visto a Palikaro, señorita, y sigue muy bien.

Perrine se había levantado; miraba y escuchaba confusa, y de sus ojos brotó un torrente de lágrimas. Fabry continuó:

-Seguro ya de la identidad de la madre, restábame sólo saber qué había sido de la hija. Lo averigüé por la señora Rouquerie, quien me refirió su encuentro en los bosques con una niña que se moría de hambre, y cómo su asno la había hallado cuando estaba extenuada.

-Y tú -dijo el señor Vulfrán volviéndose a Perrine que temblaba de pies a cabeza-, ¿no me dirás por qué esa niña no se ha dado a conocer?

Llorando a sollozos Perrine dio algunos pasos hacia el anciano.

El señor Vulfrán añadió:

-¿Por qué no vienes a los brazos de tu abuelo?

-¡Dios mío...!

EN FAMILIA

Fabry se había retirado, dejando solos al abuelo y a su nieta.

Estaban tan conmovidos, que permanecieron abrazados sin decir una sola palabra.

-¡Hija mía! -dijo el anciano por fin-. ¡Mi querida nieta...!

-¡Abuelo! -exclamó la niña emocionada y sin poder dejar de llorar.

Cuando el señor Vulfrán se recuperó un poco, le preguntó:

-¿Por qué no te diste a conocer?

-Lo intenté varias veces. Recuerde que usted me dijo un día, el último que hablé de mamá y de mí, que no volviera a hablarle jamás de esas miserables.

-¿Cómo podía yo sospechar que eras mi nieta?

-Si su nieta se hubiera presentado francamente ante usted, ¿no la habría rechazado sin querer oírlo?

-¡Quién sabe lo que hubiera hecho!

-Decidí no darme a conocer hasta el día en que, de acuerdo con la recomendación de mamá, me hubiese hecho querer.

-¡Y has necesitado tanto tiempo. ¿No te daba a cada instante pruebas de mi cariño?

-Pero ¿me quería como a una hija? Yo no me atrevía a creerlo.

-Y ha sido necesario otra vez comprobar mis sospechas, después de luchas crueles, de vacilaciones y esperanzas. Todo esto me lo habrías ahorrado hablando antes. Y he tenido que emplear a Fabry para obligarte a venir a mis brazos.

-Nuestra alegría de hoy es la prueba de que ha sido mejor así.

-Está bien, dejemos eso así. Háblame de tu padre. ¿Cómo llegaron a Sarajevo? ¿Por qué se hizo fotógrafo? Pero trátame de tú. Recuerda que estás hablando con tu abuelo.

-Por las cartas que recibiste, sabes más o menos lo que fue su vida en la India. Más adelante te la contaré en detalle, y sabrás el valor de papá y la energía de mamá, porque no puedo hablarte de él sin hablarte de ella...

-Me ha conmovido mucho el relato de Fabry acerca de su negativa a internarse en el hospital, en el que quizás habría podido salvarse, por no abandonarte...

-Tú la querrás como yo...

-Ya me hablarás de ella.

-Sí. Y te haré ver cómo era... Pero dejemos eso por ahora... Habíamos abandonado la India para venir a Francia, cuando al llegar a Suez, papá perdió el dinero que llevaba. Se lo robaron unos estafadores. No sé cómo. Ya no teníamos dinero para venir a Francia, así es que partimos hacia Grecia porque el viaje era menos caro. En Atenas, papá, que tenía instrumentos fotográficos, se dedicó a hacer retratos, y de eso vivimos. Después compró un carro y un asno, Palikaro, que más tarde me salvó la vida, y quiso vol-

ver a Francia por tierra haciendo retratos por el camino. Pero ¡qué poco ganábamos, Dios mío, y qué duro era el camino por las montañas! Ya sabes que papá cayó enfermo en Bousovatcha, y te ruego que no me hagas describirte hoy su muerte, porque no podría hacerlo... Cuando nos dejó para siempre, debimos continuar la marcha. Si ganábamos poco con él, que inspiraba confianza a la gente, ¿qué íbamos a ganar nosotras solas? Más tarde te referiré también estas etapas de miseria, que duraron desde noviembre a mayo, en pleno invierno, hasta llegar a París. Por el señor Fabry acabas de saber cómo murió mamá en casa de Grano de Sal. Su muerte también te la contaré más adelante y con ella los consejos que me dio mamá para llegar hasta aquí.

La noticia de la aparición de la hija de Edmundo corrió por todo Maraucourt. Una delegación de obreros llegó a felicitar al señor Vulfrán.

-Amigos míos -les dijo con voz fuerte-, vuestras demostraciones de amistad me causan una gran alegría en este día, que es el más feliz de mi vida. He encontrado a mi nieta, la hija del hijo que perdí... Ustedes la conocen, la han visto trabajar... Pueden estar seguros de que ella continuará trabajando al lado de ustedes y que el porvenir de las fábricas está ahora en buenas manos.

Casimiro y Teodoro, no muy radiantes, también llegaron a felicitar a Perrine.

Sin embargo, tanta emoción debilitó la salud del señor Vulfrán y el doctor Ruchón acudió a visitarlo.

-Debe comprender usted -le dijo el anciano- que tengo deseos de ver a mi nieta; por eso quiero estar pronto en condiciones de operarme.

El doctor le dio todas las indicaciones necesarias. Le dijo que debía obedecer las instrucciones, alimentarse bien,

tener tranquilidad y cuidarse del frío. Así, estaba en condiciones de asegurarle que, en corto plazo, se podría practicar la operación.

El pronóstico del doctor Ruchón se cumplió, y un mes después dos médicos de París realizaron la operación. Pero debieron transcurrir varios días antes de que fuera posible retirar los vendajes y comprobar los resultados de la intervención.

Cuando el señor Vulfrán fue autorizado a abrir sus ojos, pudo por fin mirar a Perrine.

-¡Oh Dios! –exclamó-. Si yo hubiera tenido ojos, a la primera mirada te habría reconocido como mi nieta.

Lo que más deseaba el señor Vulfrán, ahora que ya había visto a su nieta, era salir a visitar las fábricas. Quería ir en su coche, conducido por Perrine, y que todos lo vieran con ella. Pero era preciso esperar un día de poco sol, sin viento ni frío.

Cuando al fin se reunieron estas condiciones, Perrine ordenó a Sebastián que enganchara el coche.

-¡Al momento, señorita! -dijo Sebastián con una singular mirada sonriente, que llamó la atención de Perrine, pero que no logró comprender.

Cuando Sebastián llegó a avisar que el coche estaba preparado, el abuelo y la niña bajaron la escalinata. El anciano lo hacía solo, sin apoyo ni ayuda de nadie. Perrine permanecía atenta.

Al llegar al último escalón, ya más próximos al coche, un conocido y formidable rebuzno la hizo volver la cabeza.

A Perrine le era casi imposible creer lo que estaba viendo: un asno enganchado al coche, se parecía a Pelikaro, pero era un asno limpio, peinado, con cascos relucientes y llevando un hermoso arnés amarillo con borlas azules.

Continuaba rebuznando, parecía muy alegre, alargaba el cuello y quería dirigirse hacia Perrine a pesar de que un muchacho lo sujetaba fuertemente.

-¡Palikaro! -exclamó Perrine, abrazándolo-. ¡Oh abuelo! -agregó-, ¡qué sorpresa tan maravillosa!

-No es a mí a quien se lo debes. Fue Fabry quien se lo compró a la señora Rouquerie, por cuenta del personal de las oficinas, que ha querido hacerle este regalo a su antigua compañera.

Subieron al coche y Perrine tomó las riendas.

-¿Por dónde comenzamos?

-¿Por dónde? ¡Por la cabaña en que viviste y que tengo muchas ganas de ver!

Estaba tal como Perrine la había dejado el año anterior, con su vegetación virgen que nadie había tocado.

-Es curioso -dijo el abuelo- que a dos pasos de un gran centro industrial, en plena civilización, hayas podido vivir aquí una vida salvaje.

-En la India, en plena vida salvaje, todo nos pertenecía; y aquí, en la vida civilizada, no tenía derecho a nada. Muchas veces pensé en esto, abuelo.

Después de ver la isla, el señor Vulfrán quiso hacer su primera visita a la sala cuna de Maraucourt. Allí encontró a la señorita Belhomme que le mostró las diversas salas llenas de niños, que jugaban felices. Pero al ver a Perrine, todos corrían a abrazarse a ella.

-Ya veo que eres conocida aquí -dijo el señor Vulfrán.

-Los niños la adoran -respondió la profesora-; nadie sabe tan bien como ella hacerlos jugar.

-Esto ha sido el punto de partida, pero llegaremos mucho más lejos para atender todas las necesidades de los obreros.

Cuando volvieron a la entrada, una mujer que tenía en brazos a su hijo se acercó a ellos.

-Mire a mi hijo, señor -dijo al anciano-, es un niño muy hermoso.

-Sí, ciertamente que lo es.

-Yo había tenido ya tres que murieron. Este se ha salvado gracias a la atención que ahora tiene. ¡Dios los bendiga a usted y a su querida nieta!

El día había terminado y regresaron lentamente a casa.

-Esa es tu obra, querida hija mía -dijo el abuelo-. Yo, dominado por la fiebre de los negocios, no había tenido tiempo de sentir los pesares de mis trabajadores. Pero ahora tú estás aquí y me ayudarás a conocer la realidad de mi entorno. Te casarás con un hombre de buen corazón y entonces viviremos felices... y en familia.

INDICE

| | |
|--------------------------------------|-----|
| 1.- Llegada a París | 5 |
| 2.- En casa de Grano de Sal | 8 |
| 3.- Visita del médico | 11 |
| 4.- Adiós a Palikaro | 14 |
| 5.- ¡Te veo dichosa! | 17 |
| 6.- Con hambre y sin dinero | 20 |
| 7.- Tormenta | 22 |
| 8.- Feliz encuentro | 25 |
| 9.- Aurelia | 29 |
| 10.- Llegada a Maraucourt | 33 |
| 11.- Trabajadora fabril | 36 |
| 12.- Accidente de Rosalía | 40 |
| 13.- “Buena esperanza” | 43 |
| 14.- Perrine aguza su ingenio | 46 |
| 15.- Intérprete | 49 |
| 16.- Preguntas y más preguntas | 53 |
| 17.- Persona de confianza | 57 |
| 18.- Mayores responsabilidades | 60 |
| 19.- Una carta | 63 |
| 20.- El retrato de su padre | 70 |
| 21.- Una visita | 74 |
| 22.- Intento de soborno | 80 |
| 23.- Viejos rencores | 84 |
| 24.- Malas noticias | 86 |
| 25.- Duelo | 90 |
| 26.- Encuentro con la verdad | 96 |
| 27.- En familia | 100 |

HÉCTOR MALOT (1830-1907) Muchos de los que fueron niños en la primera mitad del siglo pasado, (S.XX) disfrutaron y sufrieron con las aventuras de los personajes de las obras de este escritor francés. Pero tuvieron que pasar más de cincuenta años antes que las nuevas generaciones repitieran esa experiencia maravillosa. Con razones o sin razones sus títulos no llegaron a manos de los niños chilenos. Sin embargo, nuevamente figuran en los listados de libros recomendados por los maestros para la infancia y la adolescencia. ¡En buena hora!

Aunque Malot inició estudios jurídicos y trabajó como notario en París, muy pronto se dedicó al periodismo y a la narrativa. Educador por vocación, escribió fundamentalmente cuentos y novelas llenos de gracia y contenidos valóricos para los niños.

Afectos, lealtades, formas de abordar las contrariedades, esperanzas, penas, alegrías, constancia, en fin, son temas que sus personajes van enfrentando con soltura y fantasía.

Ocupan un lugar sobresaliente en la literatura infantil universal ***En familia*** y ***Sin familia***. Esta última premiada por la Academia Francesa de la lengua.

Entre otras obras se pueden mencionar una trilogía llamada ***Las Víctimas del amor*** (Los amantes, Los esposos, Los niños) publicada entre los años 1859 y 1866. Y ***La novela de mis novelas***, una suerte de autobiografía literaria publicada poco antes de morir.

HÉCTOR MALOT

EN FAMILIA